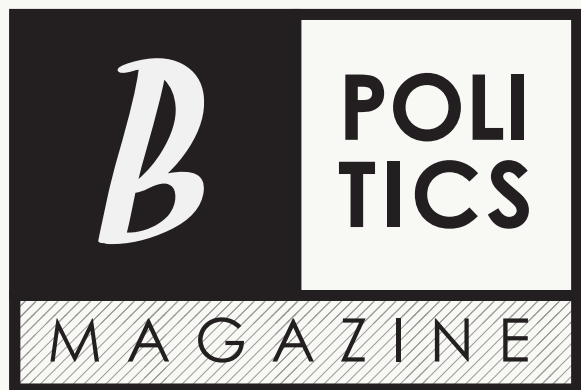




Otra revista de política que nadie había pedido

Cómo la UE puede volver a enamorar

Coordinado por Itziar García y Xavier Peytibi



bPolitics magazine

en este monográfico...

MONOGRÁFICO 03. CÓMO LA UE PUEDE VOLVER A ENAMORAR

coordinado por ITZIAR GARCÍA Y XAVIER PEYTIBI

- 04 Hacia un renacimiento cultural: ¿Procedimientos o valores compartidos? ALBERTO J. GIL IBÁÑEZ**
- 12 La ilusión europeísta se alimenta de futuro. ENRIQUE FEÁS**
- 16 No hay ciudadanía europea sin comunicación. JAUME DUCH**
- 20 A la búsqueda de la narrativa perdida. ANA POLO**
- 26 La UE necesita restablecer el contrato social. ELISEO OLIVERAS**
- 32 Elogio del miedo (europeo). DÍDAC GUTIÉRREZ-PERIS**
- 36 Volver a enamorar desde la política exterior. POL MORILLAS**
- 39 Un Presidente para Europa. ALBERT AIXALÀ**
- 43 Admirar a Europa. SUSANA DEL RÍO VILLAR**
- 46 La Europa de la ciudadanía frente a los mercados. JUANJO ÁLVAREZ**
- 50 La Unión Europea y la imagen de sí misma: la necesidad de un cambio urgente. ASTRID PORTERO**
- 53 La Unión Europea: ¿un proyecto viable en el siglo XXI? SALVADOR PERCASTRE**
- 60 Una Europa social y federal que gane el futuro. EDUARDO BAYÓN**
- 64 Cinco tensiones europeas mal resueltas. MANUEL RODRÍGUEZ MORILLO**
- 70 Europa, cariño, lo nuestro no funciona. ALEXANDRA VALLUGERA**
- 73 Hacia un "Nuevo Mundo" europeo. RICARDO GÓMEZ LAORGA**
- 78 Humanízala, siéntela, ejemplifícala y, después, cuéntamela. ÁNGELA PALOMA MARTÍN**
- 81 Recomendamos**

Este es el tercer monográfico de bPolitics Magazine, que forma parte de la web Beers&Politics. Nuestra web intenta unir en una sola todo lo que hemos ido realizando durante estos años, que incluyen los más de 200 encuentros B&P en 38 ciudades del mundo, y añadiendo recomendaciones de 1.300 items; libros, películas, series, revistas, webs recomendadas, másters de comunicación política, documentales, juegos, podcasts, eventos, asociaciones de comunicación política, regalos para freaks de la política... y muchas cosas más, así como centenares de artículos de interés sobre el tema.

El objetivo de esta web es que cualquier freak de la política o de la comunicación política pueda encontrar rápidamente, y en un solo espacio, todo lo que necesite para saciar su curiosidad, para aprender o para mejorar en su trabajo.

Equipo editorial de los Beers&Politics

Consejo editorial

Lula Bueno
Mireia Castelló
Enric Carbonell
Àlex Comes
Pedro Casado
Itziar García
Nacho Martín Granados
Pepe Martínez
Javier Pereira
Sergio Pérez Diáñez
Ana Polo
Guillem Pursals
Jacobo Requena
Aina Tugas
Alexandra Vallugera

Directores

Xavier Peytibi
Juan Víctor Izquierdo

www.beersandpolitics.com

Brexit. Neofascismos. 29 de marzo de 2019. Cataluña. Auge de los nacionalismos. Crisis económica. Ultraderecha.

Desconfianza. Individualismo... Pocos son, la verdad, los atributos que se relacionan con el proyecto común europeo. Ese sueño que se forjó tras las dos guerras mundiales y que dieron lugar a una época de paz; una época de mar en calma que se ha visto alterada en los últimos años a medida que las nuevas generaciones, nacidas y crecidas en la opulencia y la tranquilidad (incluso del desconocimiento e ignorancia del sufrimiento de aquellos dos hitos) no hemos sido capaces de reconocer; no hemos valorado la importancia del esfuerzo de los padres fundadores de poner en común políticas económicas...y sociales; los valores fundacionales.

Si bien es cierto que todavía quedaba mucho camino por recorrer, los cimientos estaban consolidados. Hemos sido las posteriores generaciones las que hemos echado por tierra (o no) el proyecto común.

Este monográfico quiere, a través de diferentes expertos, dar un giro en el discurso catastrofista y pesimista al que estamos acostumbrados acerca del porvenir de Europa; aportar en clave constructiva y con miras al futuro.

No se trata de un reto sencillo, pues tanto cabeceras de medios, como los poderes fácticos nacionales e internacionales, políticos y económicos, nos dibujan un escenario apocalíptico...Pero consideramos que los/as intelectuales que escriben hoy en este número lo han conseguido.

Agradecemos a todos/as, su esfuerzo para sobreponerse a este oscuro clima de opinión pública y ofrecer las claves que hemos de tener en cuenta si queremos un proyecto europeo con futuro.

ITZIAR GARCÍA.
COORDINADORA DEL MONOGRÁFICO

HACIA UN RENACIMIENTO CULTURAL: ¿PROCEDIMIENTOS O VALORES COMPARTIDOS?

Alberto J. Gil Ibáñez

De África proceden los primeros homínidos, Asia y América han contado con civilizaciones relevantes, pero Europa ha aportado al mundo la democracia, la filosofía griega, el Imperio romano con sus calzadas y su organización casi perfecta, grandes obras de arte, la música clásica, las catedrales góticas, el pensamiento metafísico, los derechos humanos, el humanismo cristiano... Un pasado con sus sombras, sin duda, pero donde las luces (incluido el llamado “siglo de las luces”, la Ilustración) predominan. Hoy, sin embargo, pocas personas, y menos intelectuales, ven su futuro con optimismo (para todos ver: Alain Finkielkraut, *La Défaite de la pensée*, 1987). Cada vez son más las voces que reconocen que Europa se encuentra en un periodo de decadencia, aunque sigamos siendo (¿por cuánto tiempo?) un faro atractivo para otros. La crisis es multicausal. Por de pronto, Europa no ha cumplido con las expectativas de crecimiento y progreso económico y social que prometían el mercado único y el euro.

Pero también afecta a la calidad de la convivencia, a la salud mental y social: una sociedad que presume de ser (todavía) el primer mundo, pero donde el consumo de drogas, somníferos y ansiolíticos crece cada día, nuestros jóvenes se inician cada vez antes en el consumo de alcohol y la depresión se ha consolidado como la enfermedad que caracteriza a toda un época. ¿Qué nos está pasando?

Derecha e izquierda parecen compartir el pesimismo, pero no así el diagnóstico de causas y soluciones. Desde la derecha se echa la culpa a la izquierda y desde ésta a la derecha, aunque las dos etiquetas a veces se entremezclen y estén lejos de representar lo de antaño. Según algunos, la mala de la película sería una globalización económica y financiera, el libre flujo de capitales, servicios y mercancías “sin reglas”, que permite a las empresas deslocalizarse buscando mejorar sus beneficios. Esto llevaría a la bajada de

Alberto J. Gil Ibáñez es doctor en Derecho Europeo y en Ciencia de las Religiones y miembro del Grupo de Reflexión del IEUE de la Universidad San Pablo-CEU

salarios generalizada, la desigualdad al interior de cada país, la crisis del Estado de bienestar y al paro. Habría un pensamiento único criticable sí, pero lo representaría el Tratado de Maastricht y el capitalismo salvaje que respalda (Emmanuel Todd, *Après la Démocratie*, ed. Gallimard, 2008). Para otros, sin embargo, el principal problema sería la globalización de personas, una emigración masiva y el libre flujo de personas “sin reglas” que permite que cualquiera abandone su país buscando una mejora de calidad de vida. Esto estaría llevando a la sustitución de poblaciones, a la discriminación de Europa frente a otras zonas, a la bajada de salarios, a la crisis del Estado de bienestar y a la pérdida de cultura “nacional”. Habría un pensamiento único criticable, sí, pero sería el representado por la multiculturalidad y el buenismo.

No obstante, estos análisis de óptica economicista o demográfica ocultan otras razones, tal vez por evitar la polémica. ¿Por qué fracasa una organización? “¡Es la economía, estúpido!”, clamaba Bill Clinton durante la campaña electoral de 1992. Pero “¿Sólo la economía, estúpidos?”. En otro lugar ya he tratado de demostrar que los aspectos culturales juegan un importante papel que no se está abordando (Alberto J. Gil Ibáñez, “¿Por qué fracasan los países? ¡No es sólo la economía, estúpido!” *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*, nº 55, octubre 2015). ¿Qué entendemos por cultura? Pues Edward Burnett Tylor, fundador de la antropología académica, la definía como “un complejo total que incluye dentro de sí el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres y otras capacidades adquiridas por el hombre como miembro de una sociedad (E. B. Tylor, *Primitive Culture*, Nueva York, 1924). Nos vale. Ahora volvamos a los diagnósticos de izquierdas y derechas. ¿Qué sería Europa desde un punto de vista cultural? Para los

primeros, sería un mosaico de culturas donde ninguna prevalece sobre las demás. Para los segundos, un conjunto de culturas nacionales (o incluso regionales) que como mucho cooperan entre sí. Los dos coinciden en algo: la cultura europea no existe, y la UE ya no es la solución sino parte del problema.

Esta pérdida de la relevancia “europea” encuentra tal vez su origen remoto en la asunción de una culpa colectiva por los errores/horrores de la II Guerra Mundial y del colonialismo. Esta autocrítica, en una primera fase, fue positiva como estímulo para lograr reconstruirse, y renacer con indudable éxito de sus cenizas en torno a una combinación de Estado de bienestar, economía de mercado y defensa de los derechos humanos. Sin embargo, en una segunda fase, esa combinación sería puesta en cuestión. Existen varios motivos para ello (la crisis del petróleo y el agotamiento del impulso económico y de consumo que generara la propia fase de reconstrucción financiada por el Plan Marshall) pero normalmente se oculta otro aspecto: el exceso de expectativas.

Una nueva generación, que no había vivido la guerra, comienza a cuestionar la sociedad que habían creado sus mayores planteando objetivos más ambiciosos: el paraíso ultraterreno es una fantasía pero puede y debe crearse un paraíso aquí en la Tierra. Las conquistas económicas, políticas y sociales que había logrado Europa en los años 50 y 60 se revelan como insuficientes y falsas. Los filósofos de la sospecha (Marx, Nietzsche y Freud) ponen en cuestión tanto el humanismo cristiano como los valores ilustrados. Surge una “contracultura” que apela a una mayor libertad en todos los campos (desde el arte al sexo), llevar la imaginación al poder, la espontaneidad y un mayor pluralismo. Se produce un cambio de paradigma que se concentra bajo la etiqueta de

“postmodernidad”.

Sin embargo, el nuevo paraíso prometido nunca llegó y muchos se quedaron por el camino en medio de su búsqueda, enganchados a drogas artificiales. Se lograron algunos objetivos loables (por ejemplo, la igualdad de derechos hombre-mujer o la no discriminación de los homosexuales), pero al mismo tiempo se crearon nuevos problemas. Por ello, con el tiempo el modelo evolucionó y se hizo algo más sofisticado, aparcando/olvidando algunos objetivos y reescribiendo otros. Hoy vivimos una segunda fase de la postmodernidad bajo la tríada: relativismo (en lo moral), multiculturalidad (en lo social) y consumismo especulativo (en lo económico). El relativismo pone en jaque las virtudes clásicas y la multiculturalidad cuestiona la existencia de valores culturales esenciales, mientras el consumismo alocado y la especulación financiera nos llevan a la “sociedad de mercado” (José Luis Sampedro, *Cuarteto para un solista*), haciéndonos olvidar que otra economía de mercado es (y fue) posible.

Estos tres cambios lo son de fundamento, no meramente formales, aunque la sofisticación del modelo venga paradójicamente de su apuesta, en apariencia neutral y por ello ingenuamente globalizable, por los procedimientos (ética procedimental), mientras se aparcan los valores y principios (ética sustantiva) que daban solidez al anterior sistema. El bien sería el producto del procedimiento participativo, deliberativo o de diálogo, sea cual sea el resultado. Llenos de buenas intenciones, no tenemos claro cómo funciona ese nuevo modelo en la práctica, ni somos capaces de aplicarlo a nivel global, ni nos planteamos sus límites, consecuencias y objetivos a medio y largo plazo. El propio Lyotard, uno de los fundadores

intelectuales de la postmodernidad (*La condición postmoderna*), pronto se percatará de que si cualquier discurso puede ser en principio válido (pluralismo), también lo pueden ser los que aspiren a destruir lo que hemos creado, incluido el nazismo o cualquier otro radicalismo semejante. Basta con que tengan los votos necesarios.

La sociedad resultante se caracterizaría por su permanente flexibilidad y liquidez (Zygmunt Bauman), donde hay que dar continuamente brazadas para no ahogarse, sin saber muy bien dónde nos lleva la corriente. El “ser” se ha hecho insoportablemente leve (Milan Kundera) y el mal insufriblemente banal (Hannah Arendt). Hemos matado a Dios, como recomendaba Nietzsche, pero no hemos conseguido, como él buscaba, mayor libertad y autonomía (“el superhombre”). Ni hemos logrado sustituir a la religión por una ética pública digna de tal nombre.

Tal vez para profundizar en las razones de esta crisis convenga mirar a la Historia, pues aunque tendamos a considerarnos únicos, nada pasa por primera vez y los fenómenos históricos tienden a repetirse, sobre todo si no hemos sacado todas sus consecuencias. En este sentido, el historiador Amiano Marcelino ha defendido que el Imperio romano entró en decadencia por apartarse de las virtudes que lo habían engrandecido: responsabilidad ciudadana (*auctoritas*), dignidad (*dignitas*), tenacidad (*firmitas*), austeridad (*frugalitas*), laboriosidad (*industria*), buena educación (*comitas*) y discreción (*prudentia*). De hecho, tanto griegos como romanos, en su época de esplendor, tenían claras cuáles eran las virtudes que debería reunir un buen ciudadano y las enseñaban en la escuela, estudiando para ello por ejemplo las vidas ejemplares de sus grandes personajes. En el mundo romano se distinguía entre virtudes personales (a las que todo

ciudadano debía aspirar) y virtudes públicas (que permitían funcionar a la sociedad). La decadencia de Grecia y Roma fue una consecuencia, entre otras, de dejar de representar sus virtudes clásicas. No fue mérito de los bárbaros, sino consecuencia de nuestra dejadez y debilidad.

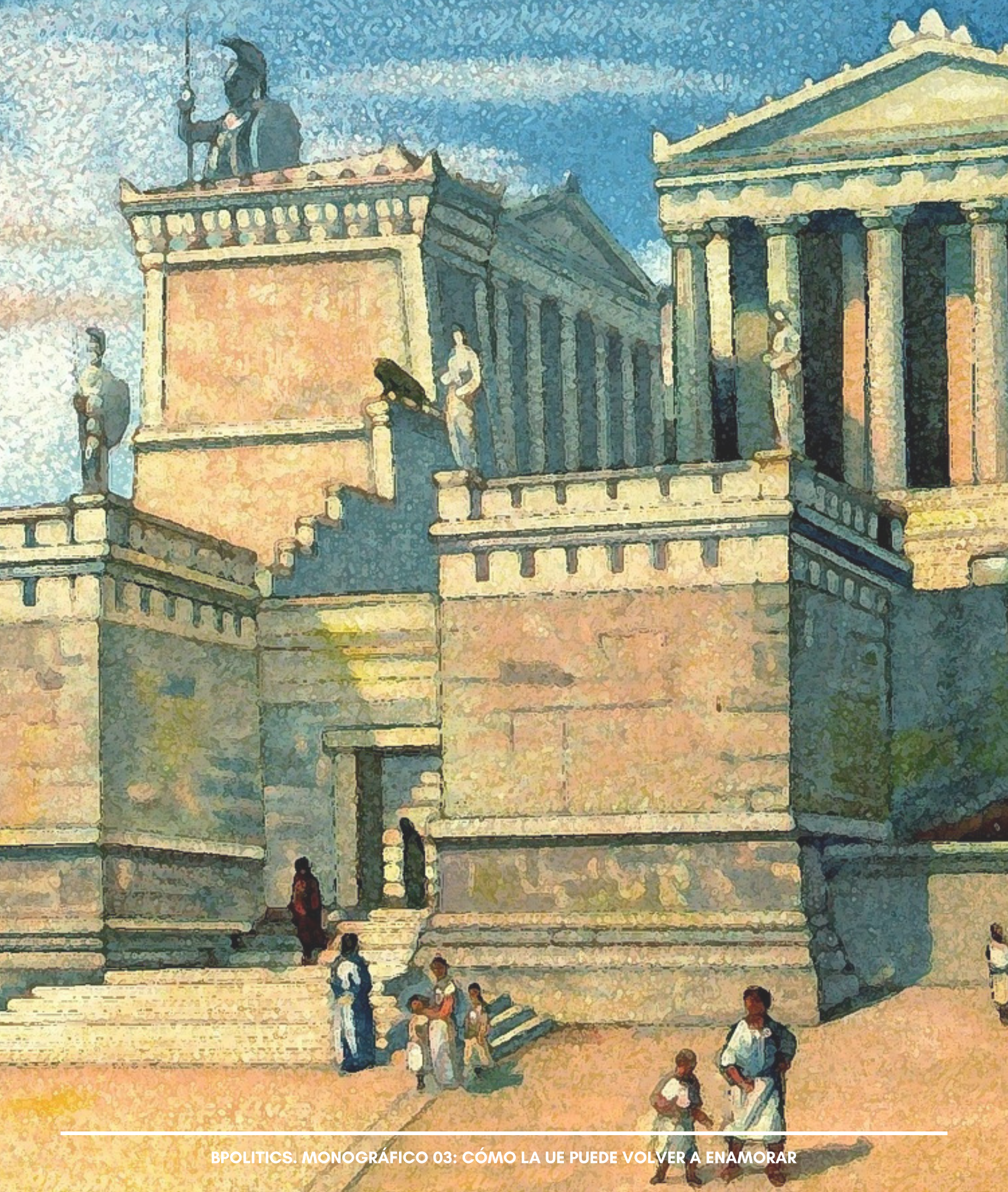
Pues bien, ¿no le está pasando algo parecido a Europa?

Como casi siempre ocurre en la Historia, si la actual decadencia de Europa se consolida, no será culpa de ningún adversario o agente externo, venido de fuera, sino de nuestros enemigos internos, los más terribles de todos, porque casi siempre pasan desapercibidos y no estamos preparados para el fuego presuntamente amigo que aparece disfrazado de aturdimiento, frivolidad, despreocupación o sentido de la irresponsabilidad. En un libro reciente, Gilles Lipovetsky (*De la ligereza*, ed. Anagrama, 2016) ha dicho: “No se trata ya de elevar los espíritus, de inculcar valores superiores, de formar ciudadanos ejemplares, sino de divertir para vender mejor. No se trata ya de una cultura del sentido y del deber, sino de la evasión, del ocio, del derecho a la despreocupación”. Y el historiador anglo-español, F. Fernández-Armesto, (1492: *El nacimiento de la modernidad*, ed. Debate, 2010) describe nuestro mundo de hoy con estas palabras: “El nuestro es un mundo de pueblos vacilantes que dan puntadas sin demasiado espíritu de mantener una orientación constante, oscilando entre la adicción y el antídoto. Las guerras se alternan con el rechazo a la guerra. Una generación distanciada de sus padres cría a sus hijos para que sean sus amigos. Los periodos de exceso de planificación social y económica se intercalan con épocas de desregulación descabellada. La gente ahíta de permisividad ‘regresa a lo esencial’”. Este diagnóstico sería compartido incluso por parte de la izquierda. Así, para E. Todd (*Après la démocratie*, 2008) serían cinco

las características de la decadencia europea: incoherencia del pensamiento como consecuencia de un vacío ideológico y religioso, mediocridad intelectual relacionada con el anquilosamiento y estancamiento (*stagnation*) de la educación, agresividad creciente, amor excesivo por el dinero, e inestabilidad afectiva y familiar.

De acuerdo con este diagnóstico, la salida del callejón sin salida que nos conduce al suicidio colectivo (y no sólo de ésta) para abordar un renacimiento cultural, salir del letargo y del diván (que ha venido a sustituir al confesionario) y preguntarse quién es y quién quiere ser Europa. Una sociedad no es una mera yuxtaposición de individuos aturridos por móviles, pantallas y consolas (la inteligencia humana está siendo sustituida por aparatos “inteligentes” sin los cuales no podemos vivir). Los miembros de cualquier sociedad “dependen unos de otros para su supervivencia y bienestar” (Marvin Harris, *Antropología cultural*, ed. Alianza, 2005). Por tanto, para que una sociedad exista no basta compartir un territorio, sino también unos valores, unos ideales y unos usos y costumbres que permitan la vida en común de ese colectivo. Una cosa es que toda sociedad moderna deba reconocer la pluralidad y otra que una sociedad dada pueda sobrevivir con culturas o ideologías que funcionan como compartimentos estancos flotando en un mar de valores e ideales contradictorios, inexistentes o ambiguos. Por ejemplo, la tolerancia puede ser un “nuevo” valor, pero de poco nos sirve si no definimos sus límites: es decir, aquello a lo que no estamos dispuestos a tolerar, a lo que tenemos que oponer tolerancia cero.

No existe una sociedad estable que no tenga claro cuál es el interés general que debe preservarse a toda costa, asumiendo que asegurar el interés común





requerirá muchas veces de sacrificios individuales. De hecho, el concepto más habitual de virtud cívica, en sentido republicano, es precisamente la capacidad de sacrificar los intereses particulares en aras del interés común (Gordon Wood, *The Creation of American Republic 1776-1787*, University of North Carolina Press, 1969). Como se ha destacado en la propia literatura comunitarista, la idea clara del bien común puede concebirse fácilmente en comunidades muy integradas, pero si lo que queremos es construir sociedades muy plurales, con distintas concepciones flotando en permanente conflicto (latente o imperfecto) no resuelto, la idea de bien común se convierte en un reto.

Difícilmente encontraremos el bien común de una sociedad si entendemos como valor principal de la misma que “todo” es negociable. La racionalidad comunicativa lo ha invadido todo, especialmente en Europa. La realidad se compondría de un conjunto de relaciones intersubjetivas entre personas que se reconocen como interlocutores válidos para participar en un diálogo veraz y auténtico, lo que sería la clave para alcanzar el progreso en sociedades plurales como las nuestras. Hemos entronizado al diálogo como un instrumento mágico que resuelve todos nuestros problemas cuando ello dista de ser cierto. Si no, no harían falta ni leyes ni jueces. El propio Jürgen Habermas, uno de los promotores de este modelo, cambiaría de postura a partir de su encuentro con Joseph Ratzinger (2004) y el atentado en las Torres Gemelas (2001). Ya no basta una razón meramente instrumental como la comunicativa, la sociedad necesita valores, y el diálogo debe encuadrarse en la búsqueda de una vida mejor, la justicia y la solidaridad. En nuestro país, Félix Ovejero (*Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo y republicanismo*, ed. Katz, 2008) ha reflexionado

también sobre esta paradoja y aunque sigue defendiendo las bondades del proceso deliberativo, reconoce que se requiere que exija virtud cívica y que persiga el interés común y la justicia.

No se puede separar el diálogo como procedimiento de sus contenidos y objetivos. No es lo mismo si el diálogo persigue el mero discernimiento (saber lo que pasa) o el convencimiento. No es lo mismo si persigue defender el derecho del individuo a elegir (y potencialmente crear) su propia cultura o singularidad, o bien el derecho de determinadas colectividades (grupales o territoriales) a imponer una determinada cultura a ciertos individuos. Tampoco es lo mismo si el objetivo del diálogo es integrar o aproximar culturas o permitir que las distintas culturas puedan navegar sin rozarse, ni influir unas sobre las otras. Es más, la convivencia entre culturas no será posible sin compartir unos valores comunes, como el tráfico rodado de coches diferentes en una ciudad no es viable sin semáforos que se ponen de vez en cuando en rojo, normas de tráfico que lo regulan y agentes policiales que nos sancionan cuando nos pasamos.

Europa debe sentarse sobre una mesa y analizar consigo misma qué valores comunes representa y quiere representar, valorando sus luces (que las tiene) y sus sombras (que también). La democracia y los derechos humanos forman parte del modelo, pero no bastan. Debemos concretar qué otras ideas-fuerza forman parte de nuestra esencia, de lo que asegura nuestra ambición de mejora constante y el progreso social y económico. El procedimiento por sí solo no lo puede todo. Necesitamos valorar objetivos y contenidos a corto, medio y largo plazo. Sin saber qué o quiénes somos y qué o quiénes queremos ser difícilmente podremos dialogar con otros, ni mucho menos liderar o servir de referentes globales a nadie.

Por el contrario, lo más probable es que poco a poco vayamos difuminándonos y desapareciendo poniendo así en peligro la multiculturalidad entendida en sentido global.

El precio de combatir el eurocentrismo no puede ser el de destruir la cultura europea. Mientras nuestra cultura se debilita, otras se van imponiendo llenando el vacío, como las leyes de la física nos enseñan. Debemos decidir si queremos influir en el nuevo camino o que lo hagan otros, potencialmente con valores contrapuestos a los nuestros. Ahora bien, acordar un tronco común de valores compartidos no quiere decir que estos sean necesariamente unánimes. La democracia se fundamenta precisamente en el juego de mayorías (la UE precisamente busca huir del requisito de unanimidad entre sus estados). La búsqueda del consenso es siempre deseable, pero no siempre resultará posible e incluso cuando lo sea, si el coste es en un alto grado de ambigüedad o circunloquios, sus resultados pueden ser inaplicables, contraproducentes o simplemente conducir al bloqueo sistemático y la parálisis. Thomas Darnstädt analizó el caso concreto del papel que jugaba el consenso en el funcionamiento del Estado federal alemán, llegando a la conclusión de que se había convertido en “una forma carísima de organizar la irresponsabilidad” (*La trampa del consenso*, ed. Trotta, 2005). Mientras no consigamos esta carta de presentación sólida en el mundo, cada día jugaremos un papel más irrelevante a nivel global, donde paulatinamente se está imponiendo un marco internacional dominado por tres potencias –China, Estados Unidos y Rusia– encantadas de que Europa quede fuera de juego, instalada en la inane retórica. No podemos seguir actuando como si nada pasara, como si su propia existencia no estuviera en cuestión, como si los movimientos radicales internos de uno y otro signo fueran a desaparecer por

arte de magia o aburrimiento. Europa corre un peligro de quedar difuminada o diluida dentro de un puzzle lleno de colorido, pero caótico y líquido, o bien sometida a unos intereses nacionales renacidos, pero que aislados seguirán siendo comparsas de los tres grandes. No podemos contentarnos en quedar como mera comparsa, parque temático o balneario.

Estamos a tiempo de evitarlo. Para ello deben ponerse todos los medios institucionales, mediáticos, intelectuales y legales a la tarea de la reconstrucción cultural, con sinceridad y coraje. Los ciudadanos/as son accionistas, trabajadores y clientes de una gran empresa llamada Europa. Al mismo tiempo. Una sociedad donde sus ciudadanos deciden trabajar juntos bajo ciertos ideales y principios comunes, con los que se sienten comprometidos y orgullosos. Si Europa quiere contribuir realmente a la paz mundial y una globalización justa, primero debe encontrar los valores, usos y costumbres que la identifican. Una sociedad no se legitima por estar dispuesta a negociar todo, sino precisamente por tener claro aquello que considera innegociable de su esencia. Una sociedad sin líneas rojas no lleva a la convivencia armónica espontánea sino al caos y a nuevos conflictos. Europa debe superar discursos líquidos (o ingenuos) sobre un mundo ideal que no existe en la práctica y recuperar el ingenio que le permita, una vez más, reinventarse a sí misma provocando un nuevo renacimiento cultural, sólido, que no se limite a lo tecnológico, sino que abarque al arte, la filosofía, la moral y la ética. La vida es cambio, pero también permanencia. Lo nuevo no es bueno por ser nuevo, sino porque puede mejorar lo anterior. Busquemos un nuevo equilibrio capaz de sentar las bases sólidas de un renacimiento cultural que permita subir la autoestima colectiva de una Europa hoy perdida. El resto del mundo también saldría beneficiado.

LA ILUSIÓN EUROPEÍSTA SE ALIMENTA DE FUTURO

Enrique Feás

Después de liderar a un país para ganar una guerra, Winston Churchill se presentó a las elecciones de 1945 y las perdió. Cuando ya era evidente en el recuento que los laboristas de Attlee iban a ganar la mayoría y Churchill iba a pasar la oposición, un día durante el almuerzo su mujer intentó consolarle y le dijo que, en el fondo, la derrota electoral “podría ser una bendición disfrazada”. Churchill replicó: “Pues por el momento está muy bien disfrazada”.

Quién le iba a decir a él, curtido en mil batallas, que aprendería tan tarde una de las reglas de oro de la política: los ciudadanos votan mirando hacia el futuro, no hacia el pasado. Bien lo saben en España partidos como el PCE o UPyD, que nunca vieron reflejados en forma de votos el agradecimiento de la población por sus aportaciones a la lucha contra la dictadura o a la regeneración democrática, respectivamente. Y es que, en cualquier proyecto político, el respeto por la historia o por los logros pasados suelen ser condición necesaria, pero no suficiente, para generar ilusión: un arma cuyo poder –como la poesía de Celaya– se

alimenta de futuro.

Algo similar ocurre con la Unión Europea. Aunque pocos niegan sus logros, apenas cuatro de cada diez europeos tienen confianza en la institución o una imagen positiva de ella, o votan en las elecciones al Parlamento Europeo. El Brexit y el avance electoral de fuerzas políticas antieuropeístas en muchos países son un indicador inequívoco de que la Unión Europea no genera ni confianza ni ilusión.

Eso no quiere decir que no sea importante saber de dónde venimos: la Unión Europea recibió en 2012 el Premio Nobel de la Paz “por su contribución al avance de la paz, la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa”, y en un tiempo en el que se critica “la Europa de los mercaderes” conviene no olvidar que la Declaración Schuman de 1950 dejó bien claro cuál era el objetivo inicial de la integración europea: evitar otra guerra. Por supuesto, la Unión Europea puede y debe estar orgullosa de muchas otras cosas: de tener la sociedad más igualitaria del mundo,

Enrique Feás es Técnico Comercial y Economista del Estado y coeditor de blognewdeal.com.
(@enriquefeas)

de haber integrado a los países del Este tras la caída del Muro, de liderar la ayuda al desarrollo y humanitaria o la lucha contra el cambio climático, de haber conseguido eliminar las fronteras (en el caso de Schengen, también para las personas), crear una moneda europea o promover la cooperación en tantos ámbitos. Esperemos que no haga falta perder nada de eso para valorarlo.

Dicho lo cual, no se puede construir un proyecto europeo exclusivamente sobre la base del miedo a abandonarlo o a perder lo conseguido –es decir, sobre el pasado–. El Brexit es un buen ejemplo de que los ciudadanos desencantados son capaces de votar en contra de sus propios intereses económicos, y, con independencia de que los costes de salirse de la Unión Europea sean indudablemente elevados o el voto del miedo sea poderoso, es necesario que el ciudadano se sienta de nuevo parte de un proyecto ilusionante.

Para lograrlo es necesario actuar en varios frentes. El problema es que muchos de los avances que se han propuesto hasta el momento son objetivamente positivos y necesarios, pero difícilmente ilusionantes para el ciudadano.

Así, el euro, que fue un proyecto atractivo en su momento, ya no genera ilusión –aunque siga siendo defendido por más de siete de cada diez europeos–, ni lo hará mientras se perpetúe como proyecto inacabado. Pasada la euforia de la novedad, es comprensible que el ciudadano se limite a comparar fríamente sus etéreas ventajas frente a sus inconvenientes ciertos como la renuncia a una política monetaria independiente, o la posibilidad de una devaluación –y, por tanto, la necesidad en caso de crisis de un ajuste real vía salarios y empleo–, cuyos costes podrían haberse mitigado de existir una mayor

integración fiscal.

Ahora bien, el hecho de que las críticas a las deficiencias del sistema sean perfectamente válidas no impide que la reforma del euro y del sistema financiero de la eurozona siga siendo mil veces preferible a su disolución. Así, medidas como la conclusión de la Unión Bancaria en el ámbito de la supervisión –que va muy rápida– o en el de la mutualización de riesgos –a través de un Sistema Europeo de Garantía de Depósitos (SEGD) o un bono europeo, o incluso un Fondo Monetario Europeo, que va más lenta– sin duda prevendrán y amortiguarán posibles crisis. Dicho esto, lo más probable es que, de cara al ciudadano, estas medidas sean percibidas como meros apuntalamientos del sistema bancario o, peor aún, como la confirmación de que la economía real sigue supeditada a los mercados financieros.

Tampoco cabe esperar grandes entusiasmos europeístas en el ciudadano medio por propuestas de refuerzo de políticas como la de defensa común, a través de un ejército europeo, ya que los sesgos cognitivos llevan a infravalorar los riesgos futuros y, por tanto –como en el caso de un SEG–, su utilidad esperada.

Por lo que se refiere a las propuestas para la mejora del déficit democrático, entre las que podríamos incluir el nombramiento de un ministro de Economía de la Unión –como mejora del Ejecutivo– o la elección de una lista paneuropea en el Parlamento –como mejora del legislativo– son asimismo avances en la transparencia y en la rendición de cuentas, pero tampoco ilusionantes. Es probablemente un error depositar las esperanzas de un mayor europeísmo en aspectos jurídicos: si eso fuera así, los ciudadanos votarían cada vez más a un Parlamento Europeo que

ha asumido competencias crecientes en los últimos años, pero lo han hecho cada vez menos, quizás porque la desafección europarlamentaria caiga dentro de la crisis general de legitimidad y representatividad percibida en la clase política –no sólo en la europea–.

Es importante insistir en que todas las políticas anteriormente mencionadas son deseables y convenientes para la estabilidad de la Unión Europea. Lo único que se cuestiona es hasta qué punto serán ilusionantes, y eso probablemente sólo se dará con medidas que cumplan dos requisitos: que se identifiquen claramente como acciones de la Unión Europea y que estén directamente relacionadas con el bienestar futuro y las preocupaciones inmediatas de los ciudadanos.

Ello nos lleva indefectiblemente a medidas presupuestarias relacionadas con la renta y el empleo, el desempleo, la salud, la pensión y la seguridad de los ciudadanos.

- En el ámbito de la renta y el empleo, los ciudadanos seguirán percibiendo como beneficio europeo el impulso de la inversión en infraestructuras a través de iniciativas como el Plan Juncker, que no debe abandonarse –especialmente en un contexto de debilidad de la demanda agregada mundial–. Ligados a esto seguirán estando programas de intercambio como el Erasmus o de becas.

- En el ámbito del desempleo –percibido como riesgo cierto, especialmente en un contexto de globalización y automatización–, puede ser crucial una propuesta avanzada en el Informe de los Cinco Presidentes de 2015 como el subsidio mínimo europeo de desempleo que, además de asociar la UE a un beneficio evidente, puede servir de mecanismo estabilizador en caso de

crisis. Existen ya mecanismos como el Fondo Europeo de Ajuste ante la Globalización (EGF) que apoya a los ciudadanos desempleados como consecuencia de la globalización y que debería ampliarse y darse más a conocer.

- En el ámbito sanitario no hay por el momento propuestas de relieve, pero no hay que olvidar que uno de los rasgos inequívocamente europeos es la existencia de un sistema de cobertura universal. Quizás en el futuro la Unión Europea podría garantizar, junto con una tarjeta sanitaria europea, una cobertura o unas prestaciones mínimas a nivel europeo.

- En el terreno de las pensiones ya existe una propuesta para la creación de un plan de pensiones paneuropeo (PEPP), incluido dentro de la Unión del Mercado de Capitales, y que proporcionaría un sistema voluntario complementario a los nacionales y transferible en el caso de cambio de residencia.

- Finalmente, cuestiones que preocupan a la seguridad de los ciudadanos como la inmigración o el cambio climático han de afrontarse necesariamente a nivel europeo, y la Unión Europea puede y debe ser un agente aglutinante, ordenador y ejecutor.

En el fondo, de lo que se trata es de estimular el gasto social europeo, que asegure que los ciudadanos identifiquen a la Unión Europea como el garante de un futuro mejor para ellos.

Esto también requerirá, evidentemente, una mayor integración fiscal por el lado de los ingresos y una recaudación comunitaria algo más ambiciosa que la actual. En este sentido, medidas para evitar la elusión fiscal de las grandes corporaciones o para acabar con los paraísos fiscales, o la propuesta de una tasa

europea sobre las transacciones financieras tienen una importancia mayor de la que pueda parecer de cara a la opinión pública.

Después de 1945 Churchill ya no volvería a ser primer ministro, pero ya no se olvidaría de mirar hacia el futuro. Poco más de un año después, en un discurso en la Universidad de Zúrich, volvería a usar su divina oratoria para hacer soñar a los ciudadanos: “Si Europa estuviera alguna vez unida compartiendo su herencia común, no habría límites a la felicidad, la prosperidad y la gloria de sus gentes. La edad oscura aún puede volver. Pero hay un remedio, y es crear la Familia Europea y dotarla de una estructura bajo la cual pueda vivir en paz, en seguridad y en libertad... Debemos construir unos Estados Unidos de Europa”.

NO HAY CIUDADANÍA EUROPEA SIN COMUNICACIÓN

Jaume Duch

Hace no tantos años, si alguien hubiese hablado de una Europa sin fronteras interiores, con un mercado único o una moneda común, seguramente se le habría tachado de ingenuo, idealista o incluso de loco. Hoy en día, gracias a que alguien se atrevió a imaginarlo, todo ello forma parte de la realidad cotidiana de más de 500 millones de ciudadanos.

La idea de lo que debe ser Europa es plural. Para algunos, avanza demasiado rápido, para otros, demasiado lento. A pesar de las diferentes visiones y más allá del ritmo, es fundamental tener claro hacia dónde debe dirigirse; sobre todo en un momento de importantes retos y transformaciones a nivel mundial.

La versión de Europa que garantiza su futuro es la de una Europa más unida y más fuerte, fiel a sus valores democráticos y con sus ciudadanos en el centro de las decisiones. Una Europa con un relato fiel a sus valores de paz y prosperidad, pero que recoja y celebre también los aspectos más prácticos en los que se ha

avanzado hasta ahora: la libre circulación, el acceso a un mercado común con infinidad de productos de consumo o la posibilidad de participar en programas de movilidad como el Erasmus.

Después de 60 años de historia, como en cualquier proceso, la integración europea ha ido tomando forma a través de períodos de estabilidad y tiempos de crisis. En los últimos diez años, sin embargo, las crisis han cobrado un mayor protagonismo, algunas incluso coincidiendo en el tiempo. A la crisis económica le siguieron otras crisis políticas como la crisis de los refugiados, y una crisis de valores democráticos en Polonia y Hungría. Un contexto que no ha ayudado a que los ciudadanos superen la crisis de confianza hacia sus representantes en la que se han ido instalando.

Los últimos años han sido sin duda uno de los períodos más difíciles para la UE, pero tal y como señaló Juncker en su reciente discurso del Estado de la Unión, “nuestras velas vuelven a tener el viento a favor”. El

Jaume Duch es el portavoz del Parlamento Europeo y Director de Medios de Comunicación.
(@jduch)

Brexit ha servido como vacuna y despertar para muchos ciudadanos que, si bien no se han convertido instantáneamente en europeístas, sí se han dado cuenta de que la integración europea es fácilmente reversible y de que merece la pena defender los avances alcanzados hasta ahora.

A pesar de los baches, algunos profundos, la economía europea sigue siendo la primera del mundo y la UE es el mayor donante de ayuda humanitaria y al desarrollo. Por eso, después de unos años difíciles y en contra de todas las voces que anunciaron el declive e incluso la marcha atrás de la integración europea, es necesario ser conscientes de que a los retos más importantes que se le presentan a Europa, como el terrorismo, la crisis migratoria o el cambio climático, sólo es posible hacerles frente desde el nivel comunitario.

Sin renunciar a la crítica, es importante tener en cuenta que, con todas sus limitaciones y desequilibrios, fuera de nuestras fronteras, la UE sigue siendo referencia y modelo a imitar. Europa ha avanzado mucho, y ahora que algunos ciudadanos miran hacia Bruselas y que los euroescépticos han perdido parte de su protagonismo, es quizás el momento de que Europa se pregunte hacia dónde va.

Ciertamente la tendencia está cambiando. Tras el Brexit, parece que 2017 está siendo un año más positivo para la UE, con resultados electorales que han desplazado a populistas y euroescépticos en algunos países. Un año en el que se han visto incluso movilizaciones proeuropeas organizadas por la sociedad civil. La victoria de Macron después de una campaña de tinte europeísta que tuvo su broche final con un discurso pronunciado con el himno de la UE de fondo, rompe de alguna manera esa idea de que Europa está lejos o de que lo nacional no es compatible

con lo europeo.

Mucha gente desconoce todavía el funcionamiento de las instituciones europeas, hecho que genera desconfianza y que no ayuda a acabar con esa táctica tan útil para los estados miembros de culpar a Bruselas de sus decisiones más impopulares. El antídoto contra esto es poner en marcha una estrategia que consiga que los ciudadanos se sumen activamente al debate sobre el futuro de Europa y que comprendan que, como dijo Macron en su discurso en la Sorbona, “Bruselas somos nosotros”.

La UE se percibe a menudo como compleja y lejana, por eso este reto de abrir el debate y hacer partícipes a los ciudadanos es importante. La comunicación tiene que ir mucho más allá de decidir el mensaje que se transmite a los ciudadanos para centrarse en conocer la reacción que provoca. La comunicación europea sólo puede ser eficaz si es de doble sentido.

En la época de las redes sociales y con la aparición de las fake news, es imprescindible que los ciudadanos sepan donde pueden encontrar información veraz y de calidad sobre los temas que les interesan. Si Europa quiere seguir avanzando, una buena comunicación entre los que toman las decisiones y los que tienen el derecho a controlarlos es esencial para mantener viva su legitimidad y romper esa sensación de distancia entre europeos e instituciones.

El objetivo de esta estrategia comunicativa debe ser por tanto el de facilitar que los ciudadanos se sumen al proyecto europeo, reforzando la legitimidad democrática de la UE y especialmente del Parlamento Europeo, institución que la encarna. Comunicar significa también crear una comunidad de ciudadanos que sienta que es partícipe de ese proyecto y que su



opinión no sólo se tiene en cuenta cuando acude a votar cada cinco años. Esto es especialmente importante en el caso del Parlamento Europeo, que tiene un compromiso de servicio público y transparencia sin el cual la democracia parlamentaria no puede concebirse.

Uno de los próximos retos para la comunicación parlamentaria europea será la campaña de las elecciones europeas de 2019. Para que tenga éxito, tendrá que conseguir poner al Parlamento Europeo en el centro de la actualidad para demostrar que, efectivamente, en esta cámara el debate sobre el futuro de la UE está abierto a los ciudadanos y que Europa es asunto de todos.

Para que los ciudadanos se sumen al debate, es importante que Europa tenga la mente abierta sobre su futuro. Ahora que existen herramientas para una comunicación más directa entre representantes y ciudadanos, es indispensable entender que la UE no puede avanzar sin que los ciudadanos la hagan realmente suya.

A LA BÚSQUEDA DE LA NARRATIVA PERDIDA

Ana Polo

La imagen mediática del fin de la Segunda Guerra Mundial es estadounidense, no europea. Es la imagen de soldados besando a enfermeras en Times Square. Es la imagen del triunfo y la euforia. Pero en el corazón de Europa la imagen no era tan rimbombante y feliz, sino todo lo contrario.

Es difícil menospreciar el dolor que siguió a la guerra. El historiador Heith Lowe hace un trabajo magnífico en *Savage Continent* para describir la Europa de aquellos días. Como pequeño ejemplo:

"Imaginad un mundo sin instituciones. Sin gobiernos. Sin escuelas ni universidades. Sin acceso a la información. Sin bancos. El dinero ha perdido todo valor. No hay tiendas, porque no hay nada que vender. La ley y el orden son virtualmente inexistentes porque no hay policía ni poder judicial. Personas armadas deambulan a sus anchas por las calles cogiendo lo que quieren. Mujeres de toda clase social y edad se prostituyen a cambio de comida y protección".

En resumen: un auténtico calvario. Ciudades

destruidas, hambrunas, rencillas y vendettas. Eso era Europa en cuanto acabó la guerra.

Frente a aquel paraje desolado, surgió la gran narrativa europea. Era la narrativa del "nunca más": después de la Segunda Guerra Mundial, en medio de un continente hundido y en ruinas, la unión milagrosamente surgió. Las heridas sanaron y la camaradería reinó; las disputas se dejaron a un lado y los enemigos volvieron a darse la mano. La historia de Europa, después de tanta sangre, sudor y lágrimas, era la historia de un éxito. De un auténtico milagro.

Había que maravillarse perpetuamente por aquel ejercicio magistral de diplomacia y de voluntad de concordia. Hacía pocos años, Europa era pasto del desastre. "Nunca había habido un territorio menos fértil para la reconstrucción", reconoció el historiador alemán Hajo Holborn en su libro *The Political Collapse of Europe*. En poco tiempo, sin embargo, Europa resurgía de sus cenizas demostrando que las aves fénix existían. Al menos, institucionalmente hablando.

Ana Polo es speechwriter en el Ayuntamiento de Barcelona (@nanpolo)

La solución era la paz y para la paz se necesitaba unidad. Y, por tanto, se pensó que el deseo por evitar una nueva tragedia llevaría a defender una progresiva unidad de los pueblos europeos. Sin crítica alguna. Sin ningún atisbo de oposición. Y para siempre.

El problema fue que Europa cayó en un discurso que, de tanto repetirse, acabó por no evocar sentimiento alguno.

En los últimos años se había instalado cierta sensación de que la Unión Europea era ya un proyecto irreversible y que nos acompañaría de por vida. El Brexit y el auge de la extrema derecha, sin embargo, nos devolvió a una amarga realidad: que el proyecto europeo era más vulnerable de lo que queríamos reconocer.

Desde el Brexit, es cierto, el apoyo a Europa ha resurgido. Según la encuesta Global Attitudes Survey del Pew Research Institute (primavera de 2017), la visión favorable de la Unión Europea ha recuperado enteros: en Alemania, las personas favorables han pasado del 50 % al 68 %, en España ha llegado al 62 % y en Francia se ha pasado de menos del 40 % de apoyo al 56 %. Incluso en el Reino Unido ha pasado de un suspenso a un apoyo del 54 %.

¿El hecho de saber que podemos perder la UE nos ha hecho quererla de golpe? ¿Es una cuestión de nostalgia adelantada? Un análisis pormenorizado de los datos nos dice que el apoyo todavía es muy frágil y que hay discrepancias en los ámbitos en donde ha de haber más cooperación.

Una de las cuestiones más relevantes que conocemos es que el eslogan del “nunca más”, aunque todavía válido, ha perdido relevancia como nexo aglutinador

del sentimiento europeo. Europa, por tanto, necesita un nuevo eslogan. Ahora, después del Brexit y con el auge de la extrema derecha, es más urgente que nunca. Pero no es nada fácil conseguirlo.

El fénix que resurge

Lo más fácil sería apostar por la narrativa del “fénix que siempre resurge”. Pruebas, desde luego, no faltan.

En 1982, el semanario británico *The Economist* publica en portada una tumba. Ofrece dos datos: “Nacida el 25 de marzo de 1957. Moribunda el 25 de marzo de 1982”. Y añade un epitafio, extraído del historiador romano Tácito: “*Capax imperii nisi imperasset*” (“Parecía capaz de ser un poder, hasta que intentó serlo”). La esquila se refería a la Comunidad Económica Europea, precursora de la Unión Europea, y ya hacía presagiar el tratamiento que la prensa británica iba a ofrecer sistemáticamente a cualquier tema comunitario. *The Economist* hablaba ya de que el proyecto europeo se encontraba en sus últimas, que los ciudadanos no se identificaban con él (y mucho menos con la ampliación comunitaria) y avisaba de (o, más bien, presagiaba) un Brexit.

Sin embargo, poco después de tan pésimos agüeros, Jacques Delors se hacía cargo de la Comisión Europea y se inyectaba una nueva vitalidad en el proyecto comunitario. Se pone sobre la mesa el proyecto de mercado único, que luego dará pie al Tratado de Maastricht en 1992 (que establece la Unión Europea tal como la conocemos hoy). Gracias a los cambios, y a la nueva savia, a principios de los noventa se consigue que el 70 % de los europeos reconozcan estar de acuerdo con el proyecto europeo.

Sin embargo, la bonanza no duró tanto como se deseaba. El siglo XXI trae una visión ciudadana crítica

con la UE. A principios de 2010 no se podían intuir todos los retos a los que nos enfrentamos hoy, pero sí se estaba ya inmerso en la crisis del euro y sí se sabía ya que los ciudadanos y las ciudadanas estaban descontentos con Europa. Demasiado tecnócrata, demasiado burocrática, demasiado opaca, demasiado remota. Demasiado poco humana, añadían los países a los que se les estaba aplicando unas medidas de austeridad draconianas.

Fue entonces cuando Durao Barroso, entonces presidente de la Comisión, propone recuperar la épica. O, al menos, intentarlo. “Necesitamos”, dijo, “para la nueva generación que ya no se identifica con la narrativa tradicional de Europa, que continuemos explicando la narración de Europa. Como si Europa fuese un libro: no nos podemos quedar en las primeras páginas, aunque sean extremadamente bellas. Necesitamos continuar escribiendo el libro de Europa. Necesitamos una nueva narrativa para Europa”.

La idea era interesante pero la implementación fue poco grandilocuente. Por no decir que quedó en papel mojado. Se contó con artistas y escritores, se hicieron debates, se organizaron seminarios en varias ciudades, se creó una página web y hasta se escribió un libro titulado *The Mind and Body of Europe: A New Narrative*. Pocas personas se acuerdan del libro, por no decir prácticamente nadie. Lo que demuestra que tuvo un impacto prácticamente nulo.

Ahora, después del Brexit, podría caerse en la tentación de renovar el mensaje del ave fénix. Los datos, al menos a simple vista, parecen avalarlo. El porcentaje de apoyo ha pasado del 32 % en 2015, al 36 % en otoño de 2016 y al 42 % en verano de 2017, según los Eurobarómetros. Ahora bien, los datos no son, ni de lejos, para tirar cohetes y, aunque la

tendencia es alcista, tan sólo el 40 % de los europeos tiene ahora una visión positiva de la UE.

Y es, entre otras muchas (muchísimas) cuestiones, porque los problemas de comunicación siguen ahí. El principal: Bruselas no sabe llegar más allá de los acólitos. Los mensajes incluyen tanta jerga que son incomprensibles para personas no duchas en derecho comunitario. Europa está tan plagada de siglas, que cualquiera se pierde en tan complicado laberinto. No hay un portavoz: hay miles, cada uno con una agenda comunicativa propia. No hay cohesión ni estrategia conjunta, ni una voz de referencia. Tampoco hay líderes claros, ni carisma por ningún lado.

Conclusión: Europa, para muchos, se resume en los burócratas de Bruselas y en un lenguaje ininteligible, y a veces, de tan técnico y opaco, absolutamente arrogante.

¿Apelar a la identidad europea?

Para revertir esta tendencia, o al menos para compensarla, se podría poner sobre la mesa la apelación al sentimiento europeo, a la identidad europea. El gran problema, sin embargo, es que esta identidad es difusa y menos compartida de lo que nos gusta reconocer. Para los europeístas convencidos (me considero una), es doloroso verlo, pero hay que asumirlo.

El Eurobarómetro de agosto de 2017 revelaba que el 68 % de los europeos se sienten ciudadanos de la UE, el mayor porcentaje que se ha registrado desde que hay encuestas. ¿Pero qué quiere decir esto exactamente? ¿Qué nos hace exactamente diferentes a los estadounidenses, por ejemplo?

Una de las definiciones más bonitas sobre la identidad

europaea la ofreció Víctor Hugo ya en el siglo XIX: “Ser europeo significa ser un patriota por la humanidad”. En 1869, con Napoleón III en el poder, Hugo se dirigió a un congreso pacifista en Lausana con las siguientes palabras: “Queridos ciudadanos de los Estados Unidos de Europa, permitidme que os dé este nombre. Como vosotros existís, Europa existe. Sois el principio de un gran futuro”. En aquel discurso ya atacaba la idea de nación como entidad monolítica y apelaba a la unidad bajo el imperio de la paz.

Más recientemente, en junio de 2016, Wolfgang Munchau, periodista del Financial Times, ofrecía una explicación más prosaica. “La pertenencia a la Unión Europea no es sobre la economía; es sobre nuestro estilo de vida”, decía. Y elaboraba:

“¿Cuáles son los valores [europeos]? Es difícil superar el lema de la Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Cada cual tendrá diferentes atributos y preferencias, y les otorgará una preeminencia distinta. Yo los transcribiría de la siguiente manera: libertad acompañada de apertura y tolerancia, igualdad de oportunidades, y una fuerte defensa del bien común. Éste último podría incluir cuestiones como la distribución de renta y la protección social. Los países tienen preferencias distintas. Pero todos los países de la Unión Europea tienen en común una idea muy fuerte de la esfera pública”.

Definiciones así podríamos encontrar a mansalva. Seguramente, nunca nos pondremos de acuerdo en una lista cerrada, un *numerus clausus* de los atributos europeos. Y es bueno que así sea, puesto que las identidades no tienen que ser rígidas ni homogéneas. Lo que sí se tiene que defender son reglas de juego comunes: un marco de referencia compartido y no cuestionado. Podemos dejarlo en lo esencial –

democracia, libertad, justicia, derechos humanos– o podemos elaborarlo más.

Pero lo importante, lo realmente importante, es que Europa tiene que estar a la altura de ese marco de referencia. Y Europa, para mucha gente, no lo está y lleva muchos años sin estarlo. Y esto genera desconfianza y, sobre todo, frustración.

Tomemos el caso de los derechos humanos. En el 2012, una encuesta del Eurostat revelaba que el respeto por los derechos humanos era el valor más compartido por todos los europeos. ¿Cómo casa con la negación sistemática de acogida de refugiados? ¿Cómo casa con la negación de la solidaridad con países que están hundidos económicamente?

Hablemos también de democracia. Seguramente, nadie duda (o, mejor dicho, nadie habría de dudar) de que la democracia es un valor fundamental de Europa. ¿Cómo puede ser, entonces, que el primer ministro de Hungría haya dicho que quiere transformar a su país en “iliberal” (tradúzcase por ultraderechista y contrario a los derechos humanos básicos)? ¿Por qué se tolera tal aberración?

Apelar a la identidad europea tendría mucho sentido (y sería muy necesario) si Europa estuviera a la altura de las promesas que genera. Y ahora mismo no siempre lo está. Europa tiene que dejar de hacer promesas al vacío y cerciorarse de que los principios básicos que la definen son continuamente defendidos.

¿Hacia dónde vamos?

Ligada con la apelación a la identidad europea, está también una cuestión más filosófica: ¿qué es exactamente lo que es la Unión Europea y qué es exactamente lo que quiere ser? ¿Cuáles son los

objetivos a cinco años vista? Dicho de otro modo: ¿somos un continente, una idea política o, simplemente, un bloque económico? ¿Cuáles son exactamente nuestras fronteras? ¿Cuál es nuestra ideología?

Para los más eurófilos seguramente somos el embrión de los futuros “Estados Unidos de Europa” que defendió Winston Churchill. Para los más euroescépticos, en cambio, no somos más que una unión económica, bastante disfuncional y que sólo genera problemas. Como en todo, la solución habrá que encontrarla en un punto intermedio, aunque, siendo como soy una europeísta convencida, me gustaría que se acercase más a fórmulas de mayor integración que de desintegración.

En el fondo, el debate todavía lo arrastramos desde el principio de la construcción comunitaria: ¿es cooperación o integración? ¿Cuáles son los límites? ¿Cuál es la velocidad?

Europa tiene que ponerse de acuerdo en las cuestiones filosóficas, en el qué somos y hacia dónde vamos. Y esas respuestas (que aún no existen) son las que de verdad han de servir de narrativa. De momento, la narrativa es parcial y aunque algunas iniciativas europeas son fabulosas (y aquí podemos hablar desde el programa Erasmus hasta lo del roaming), no podemos ofrecer una comunicación parcial. Utilizando un lenguaje rebuscado que tanto nos gusta a los especialistas en comunicación política: necesitamos un gran “*frame*”.

Necesitamos volver a explicar a Europa

Europa es, ciertamente, un fénix que se recupera cuando más moribundo está. Lo ha demostrado en el pasado y ahora no tiene porqué ser una excepción. Pero no nos podemos quedar simplemente en lo resiliente que es la idea comunitaria y, para conseguir una política comunicativa eficaz, necesitamos volver a explicar a Europa. Más allá del “nunca más”, tenemos que saber explicar normas comunes y también explicar qué es la Unión Europea y qué quiere la Unión Europea, no sólo qué hace.





LA UE NECESITA RESTABLECER EL CONTRATO SOCIAL

Eliseo Oliveras

La confianza de los ciudadanos en las instituciones europeas y nacionales y en los partidos políticos está bajo mínimos.

Las propuestas de reforma planteadas por los dirigentes europeos no abordan las raíces del malestar ciudadano.

Los dirigentes de la Unión Europea (UE), nacionales y de las instituciones comunitarias, tienen un grave problema con sus ciudadanos que se expresa en cada oportunidad que le ofrecen las urnas y también en movilizaciones masivas contra políticas emblemáticas europeas, como los tratados comerciales internacionales (ACTA, CETA, TTIP, TiSA). Esto es debido fundamentalmente a la ruptura del contrato social de la posguerra y al incumplimiento de las promesas sociales del artículo 2 del Tratado de Maastricht (1992) de promover un “elevado nivel de empleo y protección social, creciente nivel y calidad de vida y cohesión económica y social”, que fueron degradadas en el nuevo artículo 3 del actual Tratado de la UE.

Los partidos euroescépticos, populistas y de extrema derecha han logrado un elevado respaldo electoral en Italia, Francia, Holanda, Alemania, Austria, Dinamarca, Hungría, Polonia y Finlandia. El voto contra las políticas oficiales europeas también se ha expresado mediante el respaldo a los partidos situados a la izquierda de los socialdemócratas, que asimismo han conseguido significativos avances electorales en España, Portugal, Grecia, Francia, Alemania, Holanda y Suecia. Y el voto de los británicos a abandonar la UE en el referéndum de junio de 2016, pese a la demagogia que rodeó la campaña, evidenció como un mazazo la profundidad de ese malestar ciudadano que no se quería admitir que existía.

La realidad que revelan los sondeos

El último sondeo Eurobarómetro (1) de la Comisión Europea, publicado en agosto de 2017, revela que la confianza de los ciudadanos en la UE, las instituciones nacionales y los partidos políticos están bajo mínimos.

El porcentaje de ciudadanos europeos que confía en la

Eliseo Oliveras es analista de Política Internacional y Economía en El Periódico de Catalunya. Corresponsal europeo durante dos décadas en Bruselas. Coautor de los libros colectivos *Irak en clave global* (2004) y *El Futuro de un Sueño: Europa 2046* (2016). (@eliseooliveras)

UE se limita al 42 %, sólo el 40 % tiene una imagen positiva de la UE y únicamente el 30 % considera que las cosas vayan en la dirección correcta en la UE. Además, el 52 % de los europeos se queja de que su opinión no cuenta en las decisiones que adopta la UE.

El porcentaje de confianza medio de los europeos en el parlamento y gobierno nacionales es aún más bajo: el 37 % y el 36 %, mientras que la confianza en los partidos políticos cae al 19 %. En el caso de España, las cifras del Eurobarómetro son aún más devastadoras: el porcentaje de ciudadanos que confía en los partidos políticos se limita al 7 %; en el gobierno y el parlamento nacional, al 18 %; y en la UE, al 40 %. Únicamente el 27 % de los españoles considera que las cosas van en la dirección correcta en la UE y el porcentaje baja al 25 % en el caso interno de España. Además, el 66 % señala que su opinión no cuenta en la UE.

Otro sondeo publicado en junio de 2017 por la Chatham House (2) británica (Royal Institute of International Affairs) también revela, por ejemplo, que el 72 % de los ciudadanos europeos considera que los políticos no tienen en cuenta lo que le preocupa a la gente y que el 54 % piensa que su país era un lugar mejor para vivir hace 20 años que ahora, mientras que sólo el 27 % estima que es mejor ahora. El mismo sondeo indica que el 49 % de los ciudadanos considera que el “trabajo duro generalmente no lleva al éxito, sino que depende de las conexiones y la suerte”, mientras que sólo el 25 % estima que el trabajo duro da resultados positivos.

Una UE indispensable en un mundo globalizado

Nadie niega los éxitos de la UE, que ha ofrecido a Europa su periodo de paz y prosperidad más prolongado de su historia. La UE también es más

indispensable que nunca en el actual e inestable mundo globalizado para proteger a los ciudadanos y los gobiernos nacionales frente al poder desmesurado de las grandes multinacionales y del sector financiero, para hacer valer los intereses de Europa en el mundo, para contribuir a resolver los conflictos internacionales y para defender a sus ciudadanos de las amenazas de seguridad (desde guerras exteriores, a terrorismo y a crimen organizado). El caos británico posterior al referéndum del Brexit y la percepción de la fragilidad y aislamiento de un país individual en el mundo globalizado ha enfriado la tentación de abandonar la UE en los ciudadanos de otros países, pero no ha debilitado el malestar, ni el rechazo a la política y a la forma de hacer política en la UE.

Las raíces del malestar ciudadano

Los economistas, sociólogos e historiadores agrupan en tres bloques las principales causas de ese malestar ciudadano respecto a la UE: el empeoramiento de las condiciones de vida de una parte creciente de la población (desigualdad, precariedad, pérdida de poder adquisitivo, recortes sociales, degradación educación y sanidad pública), la sustracción de las decisiones económicas al control y opinión de los ciudadanos a través de la tecnocracia europea y el repliegue identitario nacional como reacción a la inseguridad generada por una globalización desregulada, por el fracaso de la integración de los inmigrantes y por el desarrollo de comunidades islamistas que rechazan de forma militante los valores y el modo de vida europeos.

Sin embargo, los líderes de la UE siguen considerando que el desencanto de los ciudadanos no se debe a la política económica que se impone desde Bruselas de forma tecnocrática, sino que es fruto de un problema de comunicación y desconocimiento, de la insuficiente

explicación de los beneficios de pertenecer a la UE. Los dirigentes europeos actúan como si en ese malestar ciudadano no tuvieran ninguna responsabilidad las políticas concretas que ha promovido la UE: la austeridad, el recorte de derechos laborales y sociales, la desregulación financiera que condujo a la crisis, el reparto injusto de los sacrificios de la crisis, la rebaja de los impuestos para los más favorecidos, la pasividad con las empresas y bancos que operan en los paraísos fiscales, la privatización y encarecimiento de los servicios públicos, los sucesivos recortes en la protección social... O las políticas que se han abandonado en la UE: la lucha contra la desigualdad social y la defensa de un empleo no precario, de salarios que cubran el coste de vivir, de vivienda asequible y de servicios públicos en educación y sanidad adecuados.

Reformas que mantienen el *statu quo*

Tras el referéndum del Brexit, los jefes de estado y de gobierno de la UE y los dirigentes de las instituciones europeas han asegurado reiteradamente que han escuchado el mensaje de queja de los ciudadanos. Pero las medidas concretas y sus planes de futuro anunciados hasta ahora, como la Declaración de Roma de marzo de 2017, son una mera reafirmación del *statu quo*, el mantenimiento de la política de austeridad, la exigencia de más reformas estructurales (recortes laborales y sociales) y nuevas privatizaciones de servicios públicos y sólo vagas referencias a una Europa social sin concretar.

El primer paso para recuperar el perdido apoyo ciudadano a la UE requiere un cambio significativo en la política económica europea para recuperar el contrato social europeo de la posguerra, establecer una política tributaria más justa, acabar con la política de austeridad, la precariedad laboral y los recortes del

gasto público y corregir la enorme desigualdad social creada por los efectos acumulativos de tres décadas de política neoliberal, tras el triunfo del denominado Consenso de Washington, promovido por el presidente norteamericano Ronald Reagan y la primera ministra británica Margaret Thatcher.

El FMI avisa que el sistema tributario es injusto

Incluso el Fondo Monetario Internacional (FMI) ha advertido en su informe Monitor Fiscal Otoño de 2017 (3), presentado en octubre, sobre la grave desigualdad que están generando en Europa y Norteamérica las rebajas tributarias a las personas con más ingresos y los consiguientes recortes en el gasto público social, en un giro significativo respecto a la política defendida durante décadas por la institución (y por la Comisión Europea).

En los últimos treinta años, indica el informe del FMI, se ha producido un elevado incremento de la desigualdad en casi todos los países de la UE, con la excepción de Francia, Irlanda y Grecia, donde se ha reducido. El estudio del FMI destaca que la progresividad tributaria como instrumento de redistribución de la riqueza ha caído en las tres últimas décadas, ya que el tipo máximo del impuesto sobre la renta ha pasado de media del 62 % de 1981 al 35 % en el 2015 en los países de la OCDE, trasladando el peso de la carga tributaria a los trabajadores y a la clase media. A ello, se ha sumado al efecto negativo del aumento de los impuestos indirectos, que acentúan la desigualdad, añade la institución.

El FMI precisa que el sistema tributario agrava aún más la desigualdad de lo que indican esos datos, "porque las personas con más ingresos tienen más acceso a deducciones fiscales y más oportunidades para eludir los impuestos". "No hay evidencia empírica que

muestre que la progresividad fiscal haya sido perjudicial para el crecimiento económico”, concluye el informe del FMI. La institución destaca además que “existe margen para aumentar la progresividad en los impuestos sobre la renta sin dañar al crecimiento”, desmontando las tesis de los economistas neoliberales y de la propia Comisión Europea.

Numerosos economistas, como el Premio Nobel Joseph Stiglitz (4), han recordado estos días que “ni la teoría, ni la evidencia indican que este tipo de rebajas fiscales (personas con más ingresos y grandes compañías) vaya a incrementar la inversión o el empleo”. “La lección clave” de la época de Reagan es que “este tipo de rebajas fiscales no conducen a un crecimiento más rápido, sólo a recortar la recaudación”, ha subrayado Stiglitz.

Otra política tributaria más justa permitiría disponer de más recursos estatales para la inversión pública, el impulso de la actividad económica y el gasto social. Sin embargo, la dinámica en la UE parece ir por la senda contraria, como muestran los avales de la Comisión Europea a las rebajas fiscales y las nuevas reducciones de impuestos, en especial para los más acomodados, planteadas por el presidente francés, Emmanuel Macron, las anunciadas por el nuevo gobierno holandés y las prometidas en sus programas electorales por los democristianos y liberales alemanes y los democristianos austríacos.

La desigualdad social compromete la recuperación

Las consecuencias negativas de las políticas de reformas laborales de las últimas décadas también fueron reconocidas de forma implícita por el FMI en sus Previsiones Económicas de Otoño del 2017 (5), cuando admitió que se estaba produciendo un estancamiento de los salarios, un crecimiento de la

precariedad laboral y una disminución de las horas totales trabajadas en las economías avanzadas, lo que estaba contribuyendo a aumentar la desigualdad social. El economista jefe del FMI, Maurice Obstfeld, indicó que “la desigualdad ha alimentado un desencanto político y un escepticismo sobre los beneficios de la globalización y pone en entredicho la recuperación económica”.

El porcentaje de personas con empleo, pero con ingresos por debajo del umbral de pobreza, no para de crecer en la UE y representa el 13,1 % de los ocupados en España, el 9,5 % en Alemania, el 11,5 % en Italia, el 8,3 % en Austria y el 7,9 % en Francia, según los últimos datos de Eurostat (6) correspondientes al año 2016. El porcentaje de población de la UE expuesta al riesgo de pobreza se sitúa de media en el 23,4 % en el conjunto de la UE (27,9 % en España y 19,7 % en Alemania), según Eurostat (7).

Corregir el déficit democrático de la UE

Un segundo bloque de medidas para recuperar el apoyo ciudadano pasa por devolverle a la UE un control real sobre las decisiones políticas y por corregir el actual déficit democrático y la imposición tecnocrática de la política económica por parte de la Comisión Europea, como han denunciado sociólogos tan dispares como Jürgen Habermas y Wolfgang Streeck. Por ejemplo, tras las reformas del gobierno económico de la eurozona adoptadas durante la crisis (los reglamentos del Six-Pack y el Pacto Fiscal), las recomendaciones de política económica de la Comisión Europea (diseñadas por altos funcionarios no electos y que escapan a cualquier control democrático) quedan aprobadas automáticamente en el Consejo de Ministros de Economía de la Eurozona a menos que haya una casi imposible mayoría cualificada en contra. Por ello, los ciudadanos, aunque cambien de partido



gobernante a nivel nacional no pueden cambiar la política económica oficial.

Una corrección mínima del déficit democrático de la UE implicaría poner coto a la actual influencia desmedida de los lobbies en la elaboración de los proyectos legislativos y decisiones de la Comisión Europea, someter a las decisiones del Eurogrupo a un control efectivo del Parlamento Europeo y dotar a los eurodiputados de capacidad para destituir individualmente a los comisarios y a los responsables de las agencias europeas (donde proliferan los informes científicos y recomendaciones subordinados a los intereses del sector correspondiente) y para penalizar a los excomisarios cuyos fichajes posteriores constituyeran un claro conflicto de interés con los principios éticos establecidos en el artículo 245 del Tratado de Funcionamiento de la UE (casos José Manuel Durao Barroso, Neile Kroes, Karel De Gucht).

Macron ha sido el único que ha propuesto hasta ahora algún tipo de medida para subsanar el déficit democrático, como dotar de un “control efectivo” al Parlamento Europeo sobre el Eurogrupo, pero no ha obtenido el apoyo de Alemania, ni de la Comisión Europea.

Las reformas democráticas no pueden limitarse a la UE, sino que tienen que alcanzar a los estados miembros para salir de la actual situación de postdemocracia que ha descrito el sociólogo Colin Crouch, donde la democracia ha quedado vaciada de contenido y reducida a meras elecciones regulares, mientras una élite política estrechamente vinculada al mundo de los negocios legisla y gobierna al servicio de los grandes grupos económicos y financieros, a espaldas de los ciudadanos desprovistos de cualquier poder de control efectivo.

El espejismo de la Europa “fortaleza” frente a la inmigración

De las grandes preocupaciones ciudadanas, los dirigentes europeos sólo han prometido abordar la preocupación por la inmigración, aunque la estrategia propuesta gira alrededor de medidas de seguridad y un planteamiento irrealista de Europa fortaleza. Una reforma justa de los sistemas tributarios y una lucha real contra los paraísos fiscales permitiría a los estados disponer de fondos adecuados, en lugar de los recortes aplicados hasta ahora, para poder integrar a los inmigrantes y refugiados que seguirán llegando, aunque sólo sea por la explosión demográfica en marcha en África, por la proliferación de los conflictos y el terrorismo en África y Asia y por los efectos negativos del cambio climático.

Los recortes aplicados en las últimas décadas al gasto público (educación, sanidad, vivienda, protección social) han creado la sensación entre muchos ciudadanos europeos de que tenían que competir con los inmigrantes para acceder a unos servicios y recursos sociales cada vez más escasos y deteriorados, lo que ha facilitado que fueran escuchados los argumentos electorales de los partidos de extrema derecha contra los inmigrantes. El envejecimiento de la población de Europa (8) requiere una política activa pro natalidad o más inmigrantes, o ambas, para evitar una enorme pérdida de población activa y el declive económico.

REFERENCIAS

- (1) <http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/index.cfm/Survey/getSurveyDetail/instruments/STANDARD/surveyKy/2142>
- (2) <https://www.chathamhouse.org/publication/future-europe-comparing-public-and-elite-attitudes>
- (3) <https://www.imf.org/en/Publications/FM/Issues/2017/10/05/fiscal-monitor-october-2017>
- (4) <http://www.project-syndicate.org/commentary/republican-tax-reform-vooodoo-economics-by-joseph-e--stiglitz-2017-10>
- (5) <http://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2017/09/19/world-economic-outlook-october-2017>
- (6) <http://ec.europa.eu/eurostat/web/income-and-living-conditions/data/main-tables>
- (7) <http://ec.europa.eu/eurostat/documents/2995521/8314163/3-16102017-BP-EN.pdf/d31fad6c-a284-47f3-ae1c-8212a581b0c1>
- (8) http://ec.europa.eu/economy_finance/publications/european_economy/2015/ee3_en.htm

ELOGIO DEL MIEDO (EUROPEO)

Dídac Gutiérrez-Peris

El pasado 20 de octubre se produjo un pequeño enfrentamiento mediático-político en Francia a raíz de la decisión de Emmanuel Macron de firmar la declaración nº 52 anexa al Tratado de Lisboa. Es una declaración con más peso simbólico que jurídico y en 2007 ya había sido firmada por 16 estados miembros (entre ellos Alemania, España o Italia). Se introdujo como anexo porque el Tratado de Lisboa ya no mencionaba nada sobre los “símbolos europeos”, caídos en desgracia después del abandono de la Constitución Europea de 2005.

El contenido de la declaración cabe en cinco líneas y viene a decir que los estados firmantes reconocen la bandera, el himno, la moneda, la divisa y el día de celebración de la Unión Europea. El texto considera que los firmantes, al reconocer dichos símbolos, también prometen lealtad –*allegiance*– hacia los mismos. En otras palabras, que si un día Jean-Luc Mélenchon quiere retirar la bandera europea del hemisiciclo francés como planteaba su enmienda de principios de mes (1), pues ya no pueda hacerlo –o al menos tenga una dificultad añadida por un tema de ordenamiento jurídico e institucional–.

El debate, irrelevante en términos prácticos pues de facto Francia ya trata indistintamente los símbolos europeos y los nacionales, sí que puso en evidencia la indiferencia general –si no la antipatía de ciertas corrientes– hacia una simbología europea percibida a menudo de forma naif, vacua, distante, idealizada. Una percepción que se puede extender al proyecto de integración europea de forma global. A fin de cuentas, el himno europeo puede ser percibido como el colofón de ese *buenismo* flemático. Aquél que se vería perfectamente ilustrado en el cuarto movimiento de la novena sinfonía de Beethoven: un canto a la fraternidad, una oda a la exaltación pre-romántica. Un “abracémonos todos”.

Después de décadas de integración fructuosa –con sus más y sus menos– es fácil caer en la tentación de pensar que el apego a la Unión siempre ha venido determinado por esa capacidad de adherir a un ideal optimista, inclusivo y confiado. *Somos Europeos porque confiamos en nuestro futuro, porque somos unos privilegiados que podemos permitirnos tener fe y ser idealistas* –una teoría que se ha puesto de moda a raíz del Brexit y la hipótesis nunca validada del todo

Dídac Gutiérrez-Peris es Director de Investigación sobre Política Europea en el instituto de Opinión Viavoice, París. (@didacgp)

según la cual como peor le iba a uno con los efectos de la “globalización”, más tendencia tenía a optar por la salida del Reino Unido (2).

Sin embargo, esa percepción de un horizonte radiante y soleado no sólo implica un anacronismo monumental, sino que priva a la Unión Europea de una de sus principales armas de seducción. Sin querer, a fuerza de ser positivos, el pro-europeísmo ha caído en la trampa de desarmar a la Unión. A fuerza de esforzarse en ver el punto moderno del progreso continental, el pro-europeísmo ha renunciado a elaborar, pensar y argumentar sobre la *raison d'être* de la integración. En el fondo, la pregunta se plantea hoy en día en estos términos: ¿pro o contra Europa? En realidad, la pregunta que siempre alimentó la adhesión al proyecto fue ¿para hacer qué y para evitar qué?

En ese sentido, para “volver a enamorar” primero hay que haber enamorado o convencido alguna vez. Y hubo un tiempo, no muy lejano, en el que Europa logró convencer de forma abrumadora utilizando un argumento que ahora está denostado, que ha perdido caché, que ya no se considera políticamente correcto porque se utiliza con fines meramente xenófobos: el miedo y el proteccionismo.

La Unión Europea nace de una doble necesidad de supervivencia: evitar seguir entrematándose por enésima vez y evitar el hundimiento en el nuevo tablero de la Guerra Fría. Nace de dos miedos, vaya. El mercado común y el embrión de unión monetaria se fundaron para hacer frente a otro miedo, el de la inestabilidad que anunciaba la caída del muro de Berlín y la reunificación de Alemania. Las grandes ampliaciones se celebraron como victorias culturales también por aquello que se dejaba atrás, por el miedo a quedar en una segunda división que impidiera

participar del desarrollo europeo de los años 80 y 90. El proyecto comunitario se percibía como el mejor antídoto contra los miedos de las sociedades europeas en el cambio de siglo. La Unión como protección. Y para eso no hacía falta saber cómo funcionaba el Parlamento Europeo. El miedo era suficiente para proporcionar el fervor necesario para dotar al proyecto de una legitimidad confortable.

En ese sentido, empujando al máximo la provocación, uno podría llegar a pensar que el déficit democrático es un concepto académico que ilustra el lujo que las sociedades europeas se pueden permitir gracias a 50 años de éxito europeo como paraguas protector. La estrategia de utilizar la integración como *deterrent* de nuestros miedos ha funcionado tan bien que nos hemos privado de uno de los instintos más primitivos de supervivencia: la capacidad de valorar lo que uno tiene. El miedo a perder algo.

Hasta el punto de olvidar que esos miedos de antaño no se han ido muy lejos, sino que han sido substituidos por otros: el miedo a la desregulación financiera y del capital, el miedo al cambio climático y la dependencia energética, el miedo al insostenible equilibrio de nuestras pirámides de población, el miedo a la desnacionalización de los conflictos armados y las crisis de seguridad, el miedo a la competencia comercial con la subida de nuevos bloques emergentes que amenazan nuestros estilos de vida... etc., etc., etc.

La Unión y las instituciones comunitarias han renunciado a invocar esta lógica porque se asemeja demasiado al “proteccionismo”. Se gastan neuronas (y algunos euros) en campañas institucionales para explicar qué hace la Unión, pero sigue habiendo poco material político para explicar por qué se hace, y cuáles

son las consecuencias de no hacerlo. Esta última década, por ejemplo, será percibida como una década perdida, y con razón, por los efectos devastadores y la incapacidad de reflexionar como un bloque solidario y con un buen nivel de confianza recíproca. La culpa es, y será, de los estados nacionales que priorizaron en todo momento un sistema de resolución intergubernamental que está irremediabilmente influenciado por lógicas realistas y de suma cero.

Pero el semestre europeo, las dos primeras patas de la Unión bancaria, la creación de un Mecanismo Europeo de Estabilidad, el conjunto de reglas que aplica la autoridad bancaria europea al conjunto de las entidades (single rulebook), las primeras piedras de una fiscalidad común y un pilar social europeo, la cada vez más consolidada política europea y de seguridad común, todo ello existe para proteger a los ciudadanos de un futuro que, de lo contrario, debería espantarnos.

Tal vez como decía el directorio del Instituto Jacques Delors hace un par de años, la apertura que debió de escogerse para el himno europeo no es la cuarta de la novena sinfonía, sino el primero de la tercera sinfonía de Beethoven. La que se conoce como “la heroica”. ¿Y si más allá del himno a la alegría la Unión aprendiera a reutilizar, en la dosis adecuada, su loa al miedo?

(1) <https://goo.gl/PNs9zf>

(2) Para mayor información recomiendo uno de los mejores estudios publicados en los últimos 24 meses sobre la sociología del votante británico durante el referéndum de junio 2016. http://natcen.ac.uk/media/1319222/natcen_brexplanations-report-final-web2.pdf





VOLVER A ENAMORAR DESDE LA POLÍTICA EXTERIOR

Pol Morillas

Cosas que parecen lejanas de repente están muy cerca. Pensemos en los efectos de un terremoto a un océano de distancia que llegan a la otra costa en forma de tsunamis. O en un ataque informático en Ucrania que acaba afectando a plataformas digitales de las que somos usuarios habituales. Algo parecido sucede con los asuntos de política exterior, que parecen no incidir en nuestro día a día pero cuyos tentáculos acaban por abarcar al conjunto de nuestras sociedades. ¿O acaso no venían los expertos señalando que los conflictos en Siria, Somalia o Afganistán un día se transformarían en una crisis de gestión de refugiados en Europa? ¿O que la vocación de Rusia de desestabilizar a la UE no se serviría de herramientas de desinformación que acabarían afectando los resultados del Brexit o el auge de Le Pen? Efectivamente, lo lejano está muy cerca.

Se dice que en Europa hay dos tipos de países: los pequeños y los que todavía no saben que lo son. En los últimos 40 años, la distribución de poder a escala mundial se ha transformado sobremanera. Cuando se

constituyó el G6 en 1975 como grupo de los países más industrializados, tan solo uno de los participantes no pertenecía al mundo occidental (Japón). Entre ellos había cuatro europeos (Francia, la República Federal de Alemania, el Reino Unido e Italia) y su principal integrante eran los Estados Unidos. El G6 luego se transformaría en el G7 con la inclusión del Canadá y en el G8 con la participación de Rusia.

En 2013, las principales economías aún seguían ubicadas en Occidente, aunque los nuevos poderes —o BRICS— ya les pisaban los talones. Los Estados Unidos seguían situados en primera posición, con Alemania en la cuarta, Francia en la quinta, el Reino Unido en la sexta e Italia en la octava, según el Banco Mundial (1). Ello hacía que, en términos agregados (2), los Estados Unidos representaran el 26 % del PIB mundial, la Unión Europea el 29 %, Japón el 9 % y China el 8 %.

En 2050, sin embargo, las cosas habrán cambiado bastante. El centro de poder internacional se habrá

Pol Morillas es investigador principal para Europa del CIDOB. (@polmorillas)

trasladado hacia “el resto” (3), con proyecciones que indican que China representará el 24 % del PIB mundial, seguida por los Estados Unidos (18 %) y la Unión Europea (15 %). India estará en el 9 % y Japón habrá disminuido su contribución al PIB mundial al 4 %. Si desglosamos los datos de los países europeos, se estima que en ese momento Alemania, Francia y el Reino Unido habrán descendido varias posiciones en la lista de países más poderosos y que el top 5 (4) estará ocupado por China, Estados Unidos, India, Indonesia y Brasil. Ello representa la consolidación de un mundo multipolar, en el que el predominio de Occidente habrá desaparecido.

En otros aspectos, Europa también encontrará altas dosis de rivalidad. Se calcula que su dependencia energética (5) será del 70 % en 2030, que su población representará el 5 % del total mundial en 2060 (en comparación con el 25 % que representaba en 1900) y que ningún país europeo tendrá más del 1 % de la población mundial por esas fechas. En materia de defensa, el mundo será testigo de una creciente militarización, pero la contribución europea será reducida. En 2045 los Estados Unidos, China, India y Rusia serán los países que más gasten en defensa, con el Reino Unido, Francia y Alemania tan solo desembolsando 258 miles de millones de dólares en defensa. El agregado de Estados Unidos, China, India y Rusia representará un total de 3.554 miles de millones de dólares, es decir, 13 veces más.

La Estrategia Europea de Seguridad (EES) de 2003 se redactó desde la premisa que la unión hace la fuerza. Consciente de que, mirando al futuro, todo país europeo será pequeño sin importar su glorioso pasado, la EES afirmaba que, la UE “como unión de veinticinco estados con más de 450 millones de habitantes y la cuarta parte del producto nacional bruto mundial, (...)

es, inevitablemente, un actor de envergadura mundial”. El peso del argumento estaba puesto en la necesidad de actuar unidos, convencidos de que la capacidad de atracción de la UE como poder blando multiplicaría su influencia mundial.

Eran tiempos optimistas, como refleja su conocida frase de apertura “Europa no ha sido nunca tan próspera, tan segura ni tan libre”. El sentimiento de la época era que la UE representaba una manera distinta de ostentar el poder a escala global y que su modelo de integración regional podía ser replicado en otras regiones del planeta. A pesar de que la UE ya supiera que iba a perder influencia en términos económicos, de población y militares, asumía que su capacidad de atracción podría compensarlo siempre y cuando actuara unida en la escena internacional.

El optimismo de la EES ha dejado paso a una realidad bien distinta. La publicación de la Estrategia Global (EGUE) en 2016 refleja una posición mucho más cauta por lo que se refiere al atractivo de la UE a escala mundial. Ello es consecuencia de la consolidación de la multipolaridad, con las nuevas potencias ya emergidas, y de una pérdida de confianza en el destino del modelo de integración europea. Como consecuencia de las crisis internas (del euro, de refugiados, el Brexit y los populismos en muchos países), la UE ya no se siente tan próspera, tan segura ni tan libre. Hoy, en cambio, predomina la sensación de que “los objetivos, e incluso la propia existencia de nuestra Unión están en entredicho”, como reza la primera frase de la EGUE.

El paso del poder normativo de la UE, representado por la EES, a una visión más realista (6) de su contribución en el mundo se refleja en los objetivos de la acción exterior. En lo alto de las prioridades de la UE está hoy fomentar la resiliencia de nuestras

sociedades y de la de nuestros vecinos, con el objetivo de evitar los “spillover effects” de las crisis que proliferan en nuestro vecindario. También reconocemos que la promoción de un multilateralismo efectivo, como rezaba la EES, debe dejar paso a un nuevo modelo de gobernanza internacional para el siglo XXI, en el que se acomode el auge de las nuevas potencias. Y en vez de promover réplicas de la UE a escala mundial, optamos por la consolidación de “órdenes regionales cooperativos”, en los que el modelo europeo no tiene por qué ser el ejemplo a seguir.

Este baño de realidad no hace disminuir la necesidad de actuar unidos, sino más bien lo contrario. En un mundo en el que la UE debe competir con el resto de potencias internacionales y en el que distintas crisis han hecho mella en su autoestima, su política exterior es algo que sus ciudadanos aún ven con buenos ojos. Éstos son muy conscientes de que, vivan en Berlín o en París, el poder de sus estados en un mundo que vira hacia el este es reducido. No en vano la política exterior de la UE sigue gozando de la confianza de un 65 % de los ciudadanos europeos. El 75 % de ellos también desea un mayor protagonismo de la política de defensa común, según el Eurobarómetro (7).

La UE surgió de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial para evitar que la historia se repitiese. Hoy no es necesario que otra hecatombe arrase nuestro continente para darnos cuenta de que, sin una mayor proyección conjunta, su papel global irá menguando progresivamente. Por mucho que parezcan lejanas, las crisis que azotan nuestro vecindario y la creciente competición a escala global pueden tener serias consecuencias para nuestro bienestar y modelo social. Por qué no añadir entonces una robusta política exterior y de defensa común en la lista de prioridades para que los europeos vuelvan a enamorarse de su proyecto común.

REFERENCIAS

- (1) <http://databank.worldbank.org/data/download/WDI-2013-ebook.pdf>
- (2) https://ec.europa.eu/research/social-sciences/pdf/policy_reviews/global-europe-2050-report_en.pdf
- (3) https://books.google.es/books/about/The_Post_American_World.html?id=OYMdXxP3FrkC&redir_esc=y
- (4) <https://www.pwc.com/gx/en/issues/the-economy/assets/world-in-2050-february-2015.pdf>
- (5) https://ec.europa.eu/research/social-sciences/pdf/policy_reviews/global-europe-2050-report_en.pdf
- (6) <http://www.egmontinstitute.be/eu-global-strategy/>
- (7) <http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/index.cfm/Survey/getSurveyDetail/instruments/SPECIAL/surveyKy/2173>

UN PRESIDENTE PARA EUROPA

Albert Aixalà

El debate sobre el déficit democrático de la Unión Europea es antiguo, pero se ha centrado mayoritariamente en la falta de control democrático de las decisiones tomadas por la Comisión Europea o por el Consejo de la Unión. Por ello, las sucesivas reformas de los tratados han hecho hincapié en el mayor control del Parlamento Europeo de las decisiones tomadas por el Consejo e implementadas por la Comisión, a través de la ampliación del proceso de codecisión entre Parlamento y Consejo, y de las facultades de control del Parlamento sobre la Comisión.

Este modelo se ha sustentado en la voluntad de avanzar hacia una progresiva “parlamentarización” del sistema europeo, creando una lógica de *checks and balances* entre el Parlamento, la Comisión y el Consejo. Así, se ha avanzado siempre bajo la premisa de que el déficit democrático de la Unión sólo podía subsanarse dotando de mayores poderes al Parlamento, que al fin debería poder elegir al Presidente de la Comisión y a su “gobierno”, así como en los parlamentos nacionales las mayorías surgidas de las elecciones parlamentarias

conforman una mayoría que da apoyo al gobierno nacional.

La máxima expresión de esta dinámica fue la elección parlamentaria del presidente Juncker en 2014, tras una campaña electoral europea caracterizada por la novedad de los *spitzenkandidaten*, los cabezas de lista europeos de las cinco principales fuerzas políticas del continente: populares, socialistas, liberales, verdes y la izquierda europea. Jean Claude Juncker, Martin Schulz, Guy Verhofstadt, Ska Keller y Alexis Tsipras protagonizaron la primera campaña electoral paneuropea de la historia. Sin embargo, esta estrategia de personalización de la política europea no tuvo impacto en la participación electoral –que quedó estancada en el 43 %– ni su mensaje consiguió llegar a la mayoría de ciudadanos europeos.

La campaña de los *spitzenkandidaten* fue una excelente estrategia de los grupos políticos en el Parlamento Europeo para condicionar la elección del Presidente de la Comisión. Y fue una estrategia ganadora, puesto que finalmente fue elegido

Albert Aixalà es profesor de Ciencia Política de la Universitat Pompeu Fabra (UPF). (@aaixala)

El resultado de las elecciones de 2014 y la dificultad del presidente Juncker para desarrollar su propia agenda política ponen en evidencia cómo la “parlamentarización” del sistema europeo ha topado una y otra vez con la lógica aplastante de la legitimidad del Consejo Europeo, formado por líderes elegidos todos ellos democráticamente en sus respectivos países. La iniciativa de vincular las elecciones al Parlamento Europeo a la elección del presidente de la Comisión no ha resultado exitosa porque ha pretendido unir dos legitimidades débiles, la del Parlamento y la de la Comisión.

La Comisión Europea no es percibida por los ciudadanos como el gobierno de la Unión sino como el brazo ejecutor del auténtico gobierno de la UE, que es el Consejo Europeo, y el Parlamento Europeo tampoco es percibido como el órgano que puede controlar ese gobierno. Por ello, todo proceso de legitimación de la presidencia de la Comisión que provenga del Parlamento Europeo no le ayudará a reforzar su posición en el entramado institucional de la Unión ni su autoridad política ante los ciudadanos.

En este contexto, si el auténtico gobierno de la Unión es el Consejo Europeo, formado por los jefes de Estado o de gobierno de los países miembros –donde además está muy claro quién manda– lo que nos deberíamos de plantear es como dotar a este “gobierno” de una legitimidad democrática directa.

El Consejo Europeo ya tiene hoy una legitimidad democrática indirecta, en la medida que todos sus miembros han sido elegidos por sufragio universal directo –como el presidente francés– o por sus parlamentos nacionales, tras unas elecciones donde se presentaron como candidatos a la presidencia del

gobierno. Pero el Consejo Europeo no goza de la *auctoritas* de una elección democrática directa por parte de todos los ciudadanos europeos.

El actual sistema institucional de la Unión se asemeja más al sistema semipresidencialista francés que a los sistemas parlamentarios que funcionan en la mayoría de los países europeos. En el sistema institucional de la Unión, el peso político reside en el Consejo Europeo, que ejerce de “jefe de estado colectivo”. En este sistema, la Comisión ejerce un rol secundario, como brazo ejecutivo de este “jefe de estado”, de la misma forma que en el sistema francés el gobierno y su primer ministro gozan de una legitimidad “delegada” de la presidencia de la República, que nombra directamente al primer ministro e incluso a algunos de los ministros más relevantes. El gobierno debe tener una mayoría parlamentaria, evidentemente, pero esa mayoría es deudora del presidente de la República, excepto en los casos de “cohabitación”, que han desaparecido desde 2002 gracias al cambio constitucional que redujo el mandato de la presidencia de la República para adaptarlo al mandato de la Asamblea Nacional. Y es así como funciona hoy el sistema político europeo, con un Parlamento débil y una Comisión subordinada a quien ostenta realmente el poder político: el Consejo Europeo.

Ante esta realidad, que no ha hecho más que consolidarse progresivamente en los últimos diez años, cabe preguntarse cuál es la mejor manera de democratizar la toma de decisiones en la Unión: parlamentarizar el sistema intentando rebajar el poder político del Consejo Europeo, o reforzar la presidencia del Consejo a través de su elección democrática directa.

En mi opinión, es más fácil y eficaz la segunda opción que la primera, como nos muestra también la experiencia de la V República francesa. Cuando se promulgó la constitución, en 1958, el presidente no era elegido por sufragio universal, sino a través de la elección conjunta de las dos cámaras, la Asamblea y el Senado. La primera elección de Charles De Gaulle como presidente se realizó con este método de elección indirecta y no fue hasta siete años después, en 1965, cuando se celebraron las primeras elecciones presidenciales por sufragio directo, gracias a una enmienda constitucional promovida por el propio presidente De Gaulle. Esas elecciones, las de 1965, fueron realmente las elecciones fundadoras del actual sistema político francés, y las que dotaron definitivamente la presidencia de la República del carácter que ha tenido durante los últimos 52 años. Sin ese cambio constitucional, los presidentes que hubieran sustituido a De Gaulle nunca hubieran gozado de la autoridad y el margen de maniobra política que han tenido. Y de ese modelo de democratización de la elección del presidente de la República francesa podemos sacar conclusiones de cómo dotar de una nueva legitimidad al gobierno europeo, para que pueda tener el impulso político necesario por encima de los gobiernos nacionales, convirtiéndola en una presidencia *supra partes*.

La elección de una presidencia estable del Consejo Europeo, ejercida por Herman Van Rompuy, entre 2009 y 2014, y por Donald Tusk, desde diciembre de 2014, ha permitido “europeizar” el Consejo, y podría ser un primer paso hacia la legitimación democrática de sus decisiones a través de la elección por sufragio universal directo de su presidente, que ejercería de Presidente de la Unión.

Con el cambio establecido en el Tratado de Lisboa se ha hecho lo más difícil: “desnacionalizar” la presidencia del Consejo, eliminar su carácter rotatorio y convertir su figura de un *primus inter pares* a un *primus supra partes*. Su elección por sufragio universal le dotaría de la legitimidad necesaria y transformaría por completo el sistema político europeo.

Esta propuesta quizá choca con el *wishful thinking* comunitario, que tiende a considerar que sólo la “parlamentarización” y la “comunitarización” del sistema europeo pueden mejorar su eficiencia y legitimidad. Pero la propuesta de democratización de la presidencia del Consejo es la que más se adapta a la estructura de poder institucional de la Unión, y permitiría crear una figura que representara plenamente la unidad europea como contrapeso a la diversidad de intereses nacionales e ideológicos representados por el Consejo y el Parlamento. El nuevo presidente personalizaría la unidad en la diversidad: *e pluribus unum*.

Un presidente fuerte pero con un mayor contrapeso de los estados y del Parlamento que cualquier primer ministro nacional europeo, en la medida que los tres gozarían de una legitimidad similar. De la negociación entre el presidente, que legítimamente representaría los intereses de la Unión, los gobiernos nacionales, representando los intereses nacionales, y el Parlamento, representando los intereses y valores ideológicos y partidarios, surgiría un sistema más equilibrado que el actual y, sin duda, con mayor legitimidad democrática.

Las elecciones a la Presidencia de la Unión permitirían la articulación de nuevas mayorías políticas transversales, desde el punto de vista nacional e

ideológico, que posibilitarían nuevas lógicas de acción transeuropeas, con programas de acción concretos y la personalización de los programas políticos a través de liderazgos genuinamente europeos, que harían campaña en todos los países de la Unión ganándose el apoyo de partidos políticos, organizaciones sociales y medios de comunicación.

Unas elecciones de este tipo serían realmente fundadoras de un nuevo sistema político, de una nueva democracia, que trascendería las dinámicas nacionales y dotaría a los ciudadanos europeos de una nueva referencia política.

La elección del presidente Emmanuel Macron en mayo de 2017 puso de manifiesto que es posible ganar una elección por sufragio universal directo con un programa claramente europeísta y reformador en un país con una opinión pública con fuertes tentaciones euroescépticas, e incluso euróforas. Demostró también que los símbolos europeos, como la "Oda a la Alegría" de Beethoven y la bandera de las doce estrellas, pueden ser catalizadores de un impulso político renovador. Y su puesta en escena la noche electoral del 7 de mayo delante de la pirámide del Louvre nos dio una idea de lo que podría significar la elección de un presidente de Europa por sufragio universal directo.

El proyecto europeo ha superado los años más convulsos de sus sesenta años de historia, pero sigue teniendo un grave problema de legitimación. La UE necesita convertirse en una fuerza de cambio democrático si quiere sobrevivir a la crisis de las democracias nacionales y dar una respuesta positiva al trilema político de la globalización enunciado hace una década por Dani Rodrik. La elección de la presidencia

de la UE por parte de 350 millones de ciudadanos europeos podría ser una idea catalizadora de los cambios que Europa necesita para convertirse en un sistema político más democrático y más eficaz.

ADMIRAR A EUROPA

Susana del Río Villar

Hoy escribo sobre las razones por las que es importante que miremos con buena mirada, con admiración, a Europa. Es cierto que hay que tener una visión integral de las cosas, también de la UE, con sus virtudes, con sus defectos, con lo que ha hecho muy bien y con lo que quizás ha estado regular y hay que mejorar. Esa es la perspectiva integral de todo lo que queramos analizar. Pero hoy, voy a escribir sobre admirar a Europa.

Lo primero que creo que debemos hacer es mirar su totalidad, lo que representa una Unión Europea de veintiocho, veintisiete, estados miembros. Lo que significa ser proyecto y proceso, dos cualidades que están en la esencia de Europa, en su razón de ser. Esas virtudes hacen posible que la Unión Europea sea capaz de rehacerse, de rejuvenecerse, una y otra vez. Tenemos que admirar a Europa por su capacidad de trascender los egoísmos y las tragedias derivadas de las guerras, de los nacionalismos. Por lo bien anclados que tiene sus valores, sus pilares, perfectamente expresados en la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea: Libertad, Igualdad, Dignidad y

Solidaridad en el marco de la ciudadanía y de la justicia. Una Carta elaborada, como también lo fue el Proyecto de Constitución europea, por un órgano innovador y constituyente, la Convención Europea. Dos “convenciones” que elaboraron una Constitución para Europa, que aunque tuviese un “parón” ahí está con muchos enunciados en el Tratado de Lisboa al que está vinculada jurídicamente la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea. El Proyecto de Constitución europea y la Carta, son dos logros, dos motivos para admirar a Europa.

Tocar tierra y alzar el vuelo. Admiro a Europa porque eso es lo que consiguió transmitir el debate del Estado de la Unión de 2017. Un debate a la altura de esta envergadura política requiere un modelo político con un Parlamento supranacional. Todos los ojos estaban puestos en Jean-Claude Juncker y en su discurso. Una verdadera comparecencia del presidente de la Comisión Europea ante el presidente del Parlamento Europeo, Antonio Tajani, los eurodiputados y, por ello, ante todos los ciudadanos de la Unión Europea. La democracia supranacional europea brillando con una

Susana del Río Villar es doctora en Ciencias Políticas, miembro del Comité de expertos de la UE y directora de los proyectos europeos Upgrading Europe y Erasmus+ AGM+. Su último libro es Europe: Project and Process. Citizens, Democracy, Participation, (2014). (@su_delrio)

puesta en escena en el mejor lugar: el hemiciclo del Parlamento Europeo en Estrasburgo. La democracia de calidad se hace en el trabajo diario y la visión de cómo las políticas toman tierra quedaba claramente expuesta en el discurso de Juncker. El presidente de la Comisión Europea entró en los temas que preocupan a los ciudadanos y en los retos que debe afrontar una Unión Europea que sale reforzada de los populismos, del Brexit y de la crisis económica. Estuvieron presentes los temas de actualidad de la UE: inmigración, Schengen, eurozona, cambio climático, la seguridad y la solidaridad, mucha solidaridad, siempre en los pilares de la UE. Tenemos que admirar a Europa porque en ese debate, el Parlamento Europeo hace una auditoría a la Comisión Europea en representación de todos sus ciudadanos en un ejercicio democrático de dimensión europea.

Debemos admirar a nuestro Parlamento Europeo en donde los eurodiputados representan a más de quinientos millones de ciudadanos. En una vista “geométrica”, los parlamentos autonómicos y nacionales estarían en anillos envueltos, protegidos y también “superados” por el Parlamento Europeo, el parlamento supranacional. La visión de un hemiciclo lleno de eurodiputados muestra la democracia representativa que todos queremos ver. Una democracia supranacional en la que la democracia representativa se complementa por la participativa, en ese orden, porque es la democracia representativa la que debe llevar el timón.

Europa es admirable porque en etapas de incertidumbre se repliega el tiempo necesario para analizar lo que está sucediendo para ser capaz después de desplegar el rumbo y detallar los asuntos y los pasos para seguir avanzando y redefinir el futuro de la

UE. Europa sabe explicar las políticas concretas, cómo se harán tangibles y en qué temas hay que trabajar.

El Premio Princesa de Asturias de la Concordia a la Unión Europea es otro motivo para admirar a Europa. En este Premio se hace visible la capacidad de reacción de la Unión Europea. La reacción ante la salida del Reino Unido de la UE ha sido admirable. Después de la decepción y tristeza por el Brexit observamos que la UE ha sabido marcar su agenda de trabajo y que mantiene unidad en los pasos. La UE ha puesto sobre la mesa desde el principio su preocupación por la situación de los ciudadanos, sobre todo los que viven en el Reino Unido, destacando que “los ciudadanos primero”.

También tenemos que admirar a Europa por el hecho que los veintisiete estados miembros se han posicionado de manera rotunda a favor de la implementación del Acuerdo de París, dejando a un lado la insolidaria e irresponsable decisión del presidente Donald Trump de desvincular a Estados Unidos de este compromiso de enorme envergadura para el planeta, un compromiso global.

También podemos admirar el proceso de construcción europea, un proceso que constituye en su esencia un proceso de integración permanente. Este modelo de integración funciona ensamblando dimensiones. Cada dimensión hace posible la pertenencia a varios lugares, el que tengamos distintos espacios de referencia, el tener la suerte de poder identificarnos con lugares específicos propios que, a su vez, tienen la virtud de tejerse con otros más extensos. Las identidades multinivel, los círculos y espacios propios y compartidos, la ciudadanía múltiple europea. Pienso que está claro que se pueden compaginar los cambios que requieren los nuevos tiempos con los pilares que

han sido capaces, y lo seguirán siendo, de crear un modelo europeo, adaptable, flexible y siempre con los valores y los derechos humanos como origen y destino. En la UE, los puntos de partida y de llegada siempre los estamos trabajando. El de partida, salvaguardando nuestra historia común, el de llegada está siempre ahí, es nuestra meta y se mueve ante nosotros. Es una llegada fija y, al mismo tiempo, es horizonte.

Europa necesita que demos visibilidad a su trabajo, a su trayectoria incansable, a la manera de entender la política, a sus instituciones.

Cuánto sentido tiene Europa. Qué valor tan grande, proporcional a su dimensión, a su envergadura, a lo que hace y a la responsabilidad que recae sobre sus hombros. Aquí personalizo a la Unión Europea pensando en los políticos de Europa, en los funcionarios de las instituciones europeas, en los profesores que queremos transmitir Europa, en los periodistas que escriben en versión europea. Y en los hombros de todos los ciudadanos europeos.

Europa se merece que la admiremos. En la balanza, sus logros, su capacidad de continuar y, sobre todo, lo que ella misma es, prevalece sobre todo lo demás. Europa y su proyecto, la Unión Europea y su proceso de integración. Debemos admirar a Europa por como la Unión Europea eleva su democracia supranacional con unidad, sincronizada y, al mismo tiempo, está sincronizando a sus estados miembros. Este sistema político, de gran política, con un método de toma de decisión complejo pero fascinante y con unas elecciones al Parlamento Europeo de mucho impacto y nivel democrático elevado muestran que hay muchas razones para admirar a Europa y para sentirnos orgullosos de ser europeos. Es fundamental que el

modelo de comunicación europeo transmita a los ciudadanos todos los motivos que tenemos para cuidar, respetar y admirar a Europa.

Europa tiene sentido. Tiene un sentido real, necesario, de trabajo, tangible. La tocamos muchas veces. Europa también tiene un sentido de sueño, de utopía, un sentido abstracto, intangible que también la hace avanzar. Para mí, una razón para admirar a Europa que vertebra todas las demás desde la concepción de la Unión Europea por sus padres fundadores es que Europa es real y visionaria al mismo tiempo.



LA EUROPA DE LA CIUDADANÍA FRENTE A LOS MERCADOS

Juanjo Álvarez

¿Es Europa una potencia en decadencia o emergente? ¿Representa Europa como construcción política un modelo de sociedad que, pese a sus defectos e imperfecciones, merezca la pena ser defendida? ¿Ha olvidado esta Europa política que su verdadera razón de ser somos los ciudadanos? Europa suscita más interrogantes que respuestas, porque vivimos en una época de transformación radical de nuestros marcos de referencia, provocada por una nueva realidad globalizadora emergente. Los Estados ya no tienen capacidad para abordar unilateralmente todos los problemas derivados de ese complejo mundo ni pueden resolver el conjunto de las necesidades de los ciudadanos. La Unión Europea ha de representar, por ello, la respuesta de estabilidad política, prosperidad económica, solidaridad y seguridad a las inquietudes y convulsiones que genera la globalización.

Con frecuencia se nos acusa a los europeístas de ingenuos perpetuadores de utopías irrealizables. Creo que el contexto europeo y mundial catártico actual,

con una crisis sin precedentes y sin guion preestablecido, aporta argumentos adicionales importantes a favor de una necesaria profundización y avance en nuestro proyecto europeo común, como solución frente al errático devenir que podría derivarse de una atomización nacional de respuestas estatales territorializadas. Más que nunca es el tiempo de la política y en particular de la política europeo/comunitaria.

A pesar de los desencuentros puntuales y de los momentos de estancamiento, la Unión Europea viene configurándose como un proyecto de paz, libertad y justicia social, como una defensora de la multilateralidad y del diálogo entre culturas en los escenarios políticos mundiales, como un espacio de bienestar y compromiso social que apuesta por la cooperación. Por todo ello, es prioritario que la Unión Europea asuma un mayor protagonismo como actor global en el escenario internacional, más allá de la acción de sus Estados miembros.

Juanjo Álvarez es catedrático de Derecho Internacional Privado de la UPV/EHU y secretario de Globemance.

Europa debe basarse no tanto en criterios de poder económico o militar, sino en la profundización de la cultura, la educación, la solidaridad, los valores democráticos y los principios que inspiraron la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La Historia demuestra que aquellas instituciones o estructuras que han basado su poder en una relación exclusiva de superioridad o dominio han terminado por fenecer tarde o temprano.

Por el contrario, los ideales y los valores terminan calando lenta pero inexorablemente en la sociedad, generando un vínculo indestructible con el progreso de la humanidad. Así como el Renacimiento fue capaz de alumbrar un nuevo humanismo, del mismo modo que la Revolución Francesa supo elevar al ser humano a la condición de ciudadano libre, Europa debe responder a los retos del siglo XXI con valentía y de forma innovadora.

En estos tiempos de incertidumbre, Europa se encuentra en una situación inmejorable para impulsar a escala mundial una nueva organización social y política basada no ya en intereses, sino, sobre todo, en valores. Nunca había coincidido en un espacio geográfico tan reducido un desarrollo socioeconómico, una consolidación democrática y una diversidad cultural tan extraordinarios como los que se dan actualmente en la Unión Europea.

Por primera vez comienza a ser una realidad en el continente europeo la convivencia pacífica y respetuosa de religiones, lenguas, culturas, instituciones, costumbres y tradiciones muy variadas. Una diversidad que está alcanzando en el momento actual, y como consecuencia de los procesos migratorios, una intensidad realmente extraordinaria

que debemos valorar positivamente como factor de dinamismo, ya que contribuirá a enriquecer y fortalecer la identidad europea. La cicatería mostrada en esa casi obscena definición de “cuotas” de refugiados por estados demuestra qué lejos estamos de alcanzar una actuación coordinada en ámbitos que deben sentar las bases de una nueva identidad europea.

Necesitamos un nuevo y verdadero pacto constitucional europeo respetuoso con todos los derechos fundamentales y que otorgue un protagonismo real tanto a las personas y a las organizaciones de la sociedad civil europea como a las entidades que conforman esa realidad plural y diversa que es Europa.

Para volver a recuperar y compartir este proyecto europeo con los ciudadanos no hay otra vía que reiniciar la construcción de una auténtica federación de naciones, una Europa donde el “demos”, el sujeto político protagonista, deje de estar anclado de forma exclusiva y excluyente en los estados, cuyo egoísmo e inercia intergubernamental están convirtiendo en mera quimera el sueño europeo, y se transfiera protagonismo político y decisorio a los pueblos y naciones que integran la diversidad europea.

Tal y como ha señalado Philip Stephens, la solidaridad siempre ha estado en el corazón del proyecto europeo, basada en un realismo interesado. Para que la Unión sobreviva a la crisis actual, que ha gripado ese viejo motor de la solidaridad, debe refundarse superando anquilosadas estructuras institucionales, trabajar superando auténticos “dinosaurios” burocráticos que frenan todo intento por aportar savia nueva al proyecto europeo.

Tal y como la definió brillantemente Jacques Delors, nuestra Europa unida es un OPNI (objeto político no identificado), una Europa sumida en la incertidumbre con respecto a las rutas que pueden seguirse para su integración: mediante la unificación de los mercados o mediante la construcción de una unión política con vistas a una futura federación. La situación actual es producto de esta problemática y de la elección realizada por la Unión. Europa apostó por el mercado, pues consideró que esta forma de integración era satisfactoria. Nos dejamos llevar por la ilusión de que el mercado comunitario lograría aquello para lo que los políticos europeos no estaban preparados: crear una unión política a través de los vínculos económicos.

Renunciamos a crear instituciones políticas sólidas. Luego, sin que sorprendiera a nadie, llegó la crisis y la Unión resultó ser muy vulnerable políticamente. Y en cuanto a los mercados, que se suponían que favorecerían su integración, hoy la pisotean y tratan de reemplazar a la política como centro de toma de decisiones en Europa.

El punto débil de la UE radica en haber dado preferencia a los mercados con respecto a la política; y ello no sólo la vuelve impotente ante la crisis, sino que sobre todo le impide pensar en el futuro. La clase política dirigente afirma que quiere “calmar” a los mercados, pero de forma que los mecanismos sigan intactos y que después de la crisis, esos sacralizados mercados ocupen de nuevo el lugar de la política y de la integración política.

Ahí radica el mayor problema en nuestras sociedades europeas: los dirigentes políticos gobiernan cada vez menos, dejando un gran vacío en el lugar del ejercicio del poder a la antigua usanza. Vivimos en una

democracia dispersa e individualizada, donde el “sálvese quien pueda” triunfa, en la que a los dirigentes les cuesta determinar con claridad los objetivos de una comunidad ciudadana. Y crece el sentimiento de alejamiento entre los dirigentes y los ciudadanos, y el poder y la política en general escapan de las manos de los líderes políticos, sin que llegue a los ciudadanos.

Nuestra Unión Europea es una expresión flagrante de estas tendencias. Con el incremento dramático del paro, sobre todo entre los jóvenes, la Unión Europea ya no es la garantía de una vida decente y estable. El Estado del bienestar europeo, uno de los pilares tradicionales de la democracia, sufre un desmantelamiento progresivo. Las crecientes desigualdades avivan la ira. El miedo a la pobreza y a la degradación social se extiende incluso a las sociedades relativamente inmunes a la crisis. Carecemos de ideas sobre cómo salir indemnes.

En este contexto, la mejor opción es volver a los orígenes, en este caso, a los de la Unión. La Europa unida era desde el inicio el proyecto político de la unificación del continente. Un proyecto para construir una federación de naciones en torno a un proyecto de futuro compartido. Hay que construir una federación de naciones. Una buena parte del poder se confiaría a la UE, bajo el control de las naciones. Resulta vital esta inversión de la relación con la Unión, que hoy escapa al control de los pueblos.

La Europa unida se construyó con la voluntad de los pueblos, de los que sin embargo se ha desviado. Sólo logrará sobrevivir si los recobra. Hoy no sólo se trata de salvar el crecimiento económico, sino también, o, quizás sobre todo, de salvar la democracia de la Unión.

Los ciudadanos europeos son los únicos que pueden hacerlo y lo harán si están convencidos de que merece la pena. Si se les propone un futuro y una política justa.

En muchos sectores académicos e intelectuales europeos se cuestiona y debate la idea de ciudadanía unida a la de nacionalidad por ser considerada una herencia ya superada del modelo liberal y decimonónico de Estado, hoy día obsoleto e inviable. El filósofo alemán J. Habermas pertenece a esa corriente de pensadores que propugna desconectar la noción de ciudadanía de la nacionalidad y contrapone a tal binomio el de “ciudadanía e identidad nacional”.

El lema europeo, tan precioso como utópico (necesitamos perseguir utopías para alcanzar nuestros sueños), afirma estar “unidos en la diversidad” y debe permitirnos construir un modelo de ciudadanía y de relación con otras realidades nacionales y culturales congruente y respetuoso con los derechos humanos, que nos permita transigir, convivir y dialogar con las minorías culturales internas y con las diversas concepciones del “ser” y del “sentir”. La uniformidad cultural, la armonización y la homogeneización forzada debilitan toda construcción nacional, sea estatal o europea.

La identidad de las naciones es más fuerte cuanto más apuesta por ser abierta, integradora y respetuosa con sus diferencias interiores. Una nación cívica debe basar su fuerza en una concepción inclusiva de la identidad, como sociedad de ciudadanos, que valora su pluralismo interno y su complejidad social. Una Europa de los ciudadanos y para los ciudadanos.

¿Qué nos falta? impulso y liderazgo político para materializar una Europa que ilusione a sus ciudadanos. Ante la crisis y el desconcierto institucional cabe reclamar, sin duda, más Europa, pero con una mayor profundización en los valores del modelo europeo de sociedad. O nos integramos más o nos desintegramos como proyecto político europeo. El reto merece la pena.

LA UNIÓN EUROPEA Y LA IMAGEN DE SÍ MISMA: LA NECESIDAD DE UN CAMBIO URGENTE

Astrid Portero

Dicen que la Unión Europea, desde sus inicios y cuando todavía no contaba con ese nombre, trajo la paz al continente. Tras dos guerras mundiales que acabaron con la vida de millones de personas, el proyecto europeo suponía una luz al final del túnel. Sin embargo, esa ansiada paz no llegó sin más: la mismísima CEE y su origen tuvieron detrás el esfuerzo de todos aquellos que iniciaron un proyecto que perdura hasta la actualidad. Y es un esfuerzo que merece ser tenido en cuenta, si consideramos el contexto histórico: nos mirábamos entre nosotros con recelo y desconfianza, cuando las fronteras nos hacían sentir protegidos del vecino.

La Unión Europea es un ejemplo en sí misma. No hay en el mundo ninguna región con un nivel de integración tan alto como el que disfrutamos en Europa. Aunque se trata, para muchos, de una unión

meramente económica, lo verdaderamente interesante del proyecto es su aspecto político. Sin embargo, desde 2008, la Unión Europea no ha podido dedicarse a otra cosa distinta que achicar agua de un barco que estaba hundiéndose lentamente. La crisis financiera y la ausencia de un plan de acción claro por parte de Europa dejó constancia de algo que ya se había avisado: que la unión económica está bien, pero sin una unión política igual o más fuerte el proyecto está abocado al fracaso.

Desde entonces la Unión interpreta, al mismo tiempo, los papeles de héroe y de villano. Era héroe cuando inyectaba dinero en los bancos, tratando de ampliar la liquidez. No obstante, cuando la crisis financiera exigió, por parte de los gobiernos nacionales, la instauración de medidas extraordinarias de austeridad, el verdugo fue la Unión Europea. De repente, “los

Astrid Portero es politóloga, analista política y escritora. (@astridportero)

señores con traje de Bruselas” asfixiaban a los ciudadanos de a pie, que tenían que ver poco o nada con el caos desatado. El peor de los populismos encontró (y sigue encontrando) en Europa el contexto más favorable para expandirse, y la solidaridad entre países vecinos dio paso a políticas nacionales que limitaban la cooperación transnacional.

El Reino Unido es uno de esos ejemplos. El deseo del 51 % de la población de salir de la Unión Europea responde a un proceso complejo que nadie fue capaz de prever. Las distintas identidades nacionales del país, y más concretamente la inglesa, se han construido en gran medida en contraposición a una identidad europea. Para ellos, una identidad distinta a las ya existentes (con excepción de Escocia) no sólo es excluyente, sino que contiene cierto grado de amenaza. Por otro lado, prácticamente ningún gobierno británico ha estado interesado en una integración europea distinta a la económica y financiera; por tanto, la piedra en el zapato de un proyecto europeo más grande siempre fueron el Reino Unido y su negativa. Los británicos, de nuevo exceptuando a Escocia, nunca se han sentido demasiado entusiasmados con el hecho de pertenecer a una idea más grande que la británica; es más, pertenecer a la Unión siempre creó debate. Es por ello que la campaña a favor del Brexit tuviera tan fácil convencer de una decisión que a todos nos parecía una locura. Argumentos que llamaban al corazón de las víctimas de la globalización y de esa clase media olvidada y ahogada en la austeridad.

La campaña pro Brexit sirve como ejemplo perfecto de la manera en que se usaron argumentos que eran completas falacias, y la población lo creyó. ¿Por qué? En 2015, el Eurobarómetro [1] mostró que los

británicos eran quienes menos conocimiento tenían sobre la Unión Europea: sólo un 27 % de los encuestados en el Reino Unido respondió correctamente a las preguntas relacionadas con el funcionamiento de las instituciones. ¿Casualidad? No lo parece. El Brexit mostró numerosas deficiencias de la Unión Europea en muchos aspectos y su necesidad de dejar de ser un actor pasivo que se dedica sólo a esquivar balas. No obstante, resulta urgente pararse a analizar el mayor peligro que reveló el referéndum británico: que cuando no hay conocimiento, recurrir a estereotipos es muy fácil y efectivo. Y que esos estereotipos, que tratan de simplificar con argumentos falaces realidades complejas, son el mayor enemigo de la Unión Europea.



¿Era verdad que el Reino Unido contribuía a los presupuestos europeos con 350 millones de libras semanales que podían ser usados para financiar el sistema sanitario británico? No [2]. ¿Es cierto que el futuro del Reino Unido fuera de la Unión Europea es mucho mejor? Está por ver, pero considerando que gran parte de la sociedad usa la palabra “parásito” para

referirse a Europa, están convencidos. En la actualidad, un 44 % considera que votar a favor del Brexit fue una decisión acertada, y un gran 69 % (entre los que votaron “sí” y lo que votaron “no”) considera que la separación debe llevarse a cabo [3].

Que la Unión Europea es un parásito no es una idea aislada en el Reino Unido: recorre toda Europa, pero gracias al referéndum de 2016 es posible ver con claridad que una de las asignaturas pendientes de la Unión es darse a conocer mejor. Si bien la mayor parte de los europeos considera que su país está mejor dentro de la Unión Europea (un 58 % según los últimos resultados), también lo es que sólo un 40 % tiene una imagen positiva de la misma y un 42 % cree que su voz cuenta (en España ese número no llega al 30 %) [4]. Con algunas excepciones, el nivel de conocimiento sobre el funcionamiento de las instituciones europeas es bajo o muy bajo. Y estas cifras, en un proyecto que lleva tantísimo tiempo en marcha, son inadmisibles. ¿Sabemos qué ocurre en Europa? ¿Cuál es el día a día en las instituciones europeas? Si en el imaginario popular pueden existir unos señores en Bruselas que visten de traje que mueven los hilos sin compasión, es porque el conocimiento que se tiene sobre lo que ocurre en realidad es bastante vago. Y, aunque la confianza en la Unión Europea se encuentre en una tendencia al alza en todos los países, que no supere de media el 40 % es algo descorazonador. ¿A quién culpamos?

La Unión Europea tiene varios retos por delante. Entre ellos, definir el proyecto integrador a largo plazo y trazar una línea de rumbo fijo. Sin embargo, resulta más urgente volver a los orígenes y comenzar desde cero: que la gente sepa qué es la Unión Europea. Que se disuelva la idea de que Europa como institución es

un ente supranacional opaco que tiene poco o nada que ver con el ciudadano de a pie y sus problemas. La globalización y las instituciones distintas a los gobiernos nacionales no son ninguna novedad, pero si logramos entender el alcance que tiene la Unión Europea en el día a día de los ciudadanos, quizá podamos comprender mejor el complejo mecanismo que se produce en todo momento, el esfuerzo entre gobiernos nacionales tan distintos entre sí para resaltar lo que une y respetar las diferencias.

Es cierto que un mayor conocimiento sobre la Unión y el funcionamiento de sus instituciones no tiene porqué traducirse, directamente, en un aumento de confianza. Pero si la Unión Europea se muestra abierta a darse a conocer y a recibir críticas constructivas en un proyecto por terminar, es más que probable que la ciudadanía se sienta parte de un todo que supera las fronteras de su país. Que “ser europeo” signifique lo mismo para todos, sin distintas velocidades o matices.

Debe haber más unión. Debemos dirigirnos hacia una mejor unión. Y debe ser una unión transparente y al alcance de todos. Si queremos que la Unión Europea siga adelante, no debemos dejar que los estereotipos ganen. No podemos permitir que un proyecto que es mucho más que la suma de sus miembros sea puesto en duda otra vez.

Referencias

- [1] *The Guardian*, (27/11/2015), “Britons among least knowledgeable about European Union”.
- [2] *The Guardian*, (10/06/2016), “Why Vote Leave’s £350m weekly EU cost claim is wrong”.
- [3] YouGov, (29/03/2017), “Attitudes to Brexit: Everything we know so far”.
- [4] Eurobarómetro nº 87, mayo de 2017.

LA UNIÓN EUROPEA: ¿UN PROYECTO VIABLE EN EL SIGLO XXI?

Salvador Percastre

Uno de los principales objetivos de configuración de lo que hoy en día conocemos como la Unión Europea (UE), fue sin duda, el establecimiento de la paz entre las potencias del continente después de la Segunda Guerra Mundial y su posterior integración económica, política y social. Sin embargo, la Unión ha tenido que enfrentar grandes retos desde su fundación en los años 50; retos que hoy en día continúan poniendo a prueba los lazos que estrechan a 27 países del continente –después del Brexit– y de la zona del Mediterráneo, y que permiten mantener la paz y la convivencia compartida de más de 500 millones de personas que hoy en día, juntos producen más riqueza anualmente que cualquier otra economía del mundo, sólo superada por los Estados Unidos de América.

Sin embargo, el proyecto de integración supranacional más exitoso a nivel global, no se encuentra exento de dificultades. Si bien, históricamente la prioridad de integración fue la económica, probablemente ha sido la dimensión de integración social la que ha tenido una

mayor percepción de éxito en la ciudadanía, no solo con la supresión de fronteras físicas artificiales para la libre circulación de personas entre los países miembros, sino con políticas de intercambio y movilidad social sobre todo en el ámbito educativo y profesional. Mientras que, justamente en la integración económica, es en donde se han encontrado las mayores dificultades de homologación, sobre todo en los sectores financiero y fiscal, especialmente en la zona del euro.

Las diferencias económicas entre los países miembros son evidentes. Por un lado se encuentra la UE poderosa de las 5 mayores economías: Alemania, Reino Unido –aún–, Francia, Italia y España, las cuales concentran el 70 % del Producto Interno Bruto (PIB) y más del 60 % de la población de la Unión.

En el mismo bando, se podría situar a la UE nórdica (Suecia, Dinamarca y Finlandia) y al Benelux (Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo), que comparten vínculos

Salvador Percastre Mendizábal es investigador miembro del Grup de Recerca en Comunicació Política, Mitjans i Democràcia de la Universitat Pompeu Fabra y adscrito al ReSIC de la Universitat Libre de Bruxelles (Bélgica). (@compolsocmed)

		Países UE	Población	PIB (millones €)
Potencias occidentales de la UE	1	Alemania	82.800.000	3.144.050
	2	Reino Unido*	65.808.573	2.366.912
	3	Francia	67.024.459	2.228.857
	4	Italia	60.589.445	1.680.523
	5	España	46.528.966	1.118.522
Benelux	6	Países Bajos	17.081.507	702.641
	7	Bélgica	11.365.834	421.611
	8	Luxemburgo	590.667	54.195
Países nórdicos de la UE	9	Suecia	9.995.153	465.201
	10	Dinamarca	5.748.769	277.339
	11	Finlandia	5.503.297	215.615
	12	Austria	8.772.865	349.344
	13	Irlanda	4.774.833	275.567
	14	Polonia	37.972.964	424.269
	15	Portugal	10.309.573	185.180
	16	Grecia	10.757.293	175.888
	17	República Checa	10.578.820	176.564
	18	Rumanía	19.638.309	169.578
	19	Hungría	9.797.561	112.399
	20	Eslovaquia	5.435.343	80.958
	21	Bulgaria	7.101.859	47.364
	22	Croacia	4.154.213	45.819
	23	Eslovenia	2.065.895	40.418
	24	Lituania	2.847.904	38.637
	25	Letonia	1.950.116	25.021
	26	Estonia	1.315.635	21.098
	27	Chipre	854.802	17.901
	28	Malta	440.433	9.943
		Total UE:	#####	14.871.415

	Países con las mayores economías de la UE
	Países de la UE con la mayor riqueza per cápita

*Oficialmente sigue siendo parte de la UE

Tabla 1: Dos bloques de desarrollo económico en la UE

Fuente: Elaboración propia a partir de datos actuales de *Datosmacro.com*

culturales e históricos entre sí, y que, junto con Irlanda y Austria, poseen los más altos índices de PIB per cápita y de Desarrollo Humano de la UE, y al mismo tiempo registran los menores índices de pobreza humana.

Por otro lado, están los 15 restantes países de la Unión que, curiosamente, exceptuando a Portugal, se ubican todos geográficamente hacia el este de Europa. Países que, en mayor o menor medida, comparten características de nivel de desarrollo y se encuentran aún en el camino de una consolidación económica plena.

Basta con observar el peso económico que representan cada uno de estos dos bloques propuestos para tener una idea de la magnitud de las diferencias entre los dos modelos de desarrollo dentro de la Unión: el de occidente y el de la periferia.

Pese a ello, la UE en su conjunto, ha logrado superar la crisis económica de los últimos años, logrando tener un crecimiento económico global sostenido, con una balanza comercial equilibrada y un incremento de sus exportaciones, lo que le ha permitido mejorar las condiciones de competitividad ante un mercado fuertemente acechado por las potencias asiáticas, fundamentalmente por China.

Pero los grandes retos no están sólo en el plano de la economía global; la política doméstica también ha jugado un papel importante en el camino de la estabilidad. Recientemente, el crecimiento de las fuerzas políticas de ultraderecha, el populismo, la mala gestión de la crisis de personas que huyen de la guerra y la miseria en Oriente Próximo y en África o los procesos de autodeterminación en Cataluña y en

Escocia, son algunos de los principales retos que enfrenta una UE que continúa liderada por Alemania y Francia, países fundadores de la Unión y, paradójicamente, archienemigos durante la Segunda Guerra Mundial.

La actual configuración política de la UE, permite observar cuál es su principal vocación ideológica y política. De los 28 estados miembros actuales, 4 se encuentran gobernados por dirigentes de algún partido conservador y ubicado ideológicamente en la línea dura de la derecha política: Polonia, Hungría y Bulgaria, con fronteras en el oriente de la UE y duramente cuestionadas por sus políticas de corte totalitario; además del Reino Unido, que bajo el liderazgo de Teresa May, se encuentra tutelando el complejo y dilatado proceso de salida de la UE, el llamado Brexit.

Mientras que en apariencia la democracia cristiana ha perdido fuelle en el contexto de la Unión, aún gobierna en 5 países que, aunque alejados geográficamente entre sí, juntos concentran la mayor población gobernada por liderazgos que comparten un mismo cariz ideológico; el más importante de ellos es Alemania, pero además están: España, Irlanda, Croacia y Chipre.

Por su parte, el liberalismo político es la ideología que lidera el mayor número de países en la Unión, con gobiernos ya sea de centroderecha o de centro. En países geográficamente muy cercanos como: Dinamarca, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia; en países vecinos del mar Báltico como Finlandia, Estonia y Letonia, e inclusive en Eslovenia, conectada al mar Adriático.

La socialdemocracia, que aparentemente también ha venido a menos, gobierna actualmente en sus múltiples modalidades que van desde el centro, el centroizquierda o la izquierda más clásica, en países tan disímiles como, por un lado, Italia, Portugal, Rumanía y Malta, y por otro, Suecia, Austria, República Checa o Eslovaquia.

Finalmente, dos “rarezas ideológicas” por ser poco comunes en cuanto a gobiernos europeos son, sin duda, Grecia, situada en la izquierda radical, y Lituania, con el ecologismo político.

Dado lo anterior, es posible afirmar que el rumbo general de las políticas públicas y la orientación del ejercicio de gobierno de la mayoría de países de la Unión, se sitúa mayoritariamente desde el centro del espectro ideológico y hacia la derecha liberal. Además, resulta relevante que el mayor porcentaje de población de la UE se encuentra gobernada bajo liderazgos con posiciones ideológicas cercanas a estos valores y principios de gobierno.

Si bien es en el Parlamento Europeo, donde reside la soberanía de la Unión y donde se

	Ideología política preponderante en el gobierno	Posición del gobierno en el eje ideológico	Países	Población	Población gobernada por grupo ideológico
1	Conservadurismo	Derecha	Polonia	37.972.964	120.680.957
2		Derecha	Hungría	9.797.561	
3		Derecha	Bulgaria	7.101.859	
4		Centro-derecha	Reino Unido*	65.808.573	
5	Democracia cristiana	Centro-derecha	Alemania	82.800.000	139.112.814
6		Centro-derecha	España	46.528.966	
7		Centro-derecha	Irlanda	4.774.833	
8		Centro-derecha	Croacia	4.154.213	
9		Centro-derecha	Chipre	854.802	
10	Liberalismo	Centro-derecha	Bélgica	11.365.834	112.646.179
11		Centro-derecha	Dinamarca	5.748.769	
12		Centro-derecha	Finlandia	5.503.297	
13		Centro-derecha	Letonia	1.950.116	
14		Centro	Francia	67.024.459	
15		Centro	Países Bajos	17.081.507	
16		Centro	Eslovenia	2.065.895	
17		Centro	Estonia	1.315.635	
18		Centro	Luxemburgo	590.667	
19	Socialdemocracia	Centro	Italia	60.589.445	115.450.368
20		Centro	Rumanía	19.638.309	
21		Centro	República Checa	10.578.820	
22		Centro	Eslovaquia	5.435.343	
23		Centro-izquierda	Suecia	9.995.153	
24		Centro-izquierda	Austria	8.772.865	
25		Centro-izquierda	Malta	440.433	
26		Izquierda	Portugal	10.309.573	
27	Ecologismo	Centro-izquierda	Lituania	2.847.904	
28	Izquierda unitaria	Izquierda	Grecia	10.757.293	
Total UE:				511.805.088	

*Oficialmente sigue siendo parte de la UE

Fuente: Elaboración propia con información actual de Data5m.acro.com

encuentra representada la pluralidad política e ideológica de sus ciudadanos, los arreglos institucionales aún limitan la acción del Parlamento en las políticas públicas que se materializan en los Estados miembros. Pero además, con independencia de los distintos sistemas políticos que conviven en la UE, el ejercicio del gobierno sigue siendo responsabilidad preponderante de los líderes políticos de cada país.

Lo anterior permite advertir el camino que está siguiendo la UE para enfrentar los retos venideros; permite observar cuál es el rumbo que está tomando la sociedad de la Unión hoy en día y permite advertir cuáles serán las orientaciones ideológicas de las decisiones de gobierno que se tomen para tratar de solventar las problemáticas domésticas, pero también los retos comunes de gobierno.

Ante tales condiciones resulta natural plantearse cuestiones como ¿qué hacer para enfrentar los grandes retos? y ¿de qué forma se plantean soluciones asequibles a mediano plazo? Seguramente no existe una única respuesta y dependerá en buena medida de la voluntad de los líderes europeos y del compromiso de las sociedades de los países miembros.

Una política económica realmente común que permita una integración plena no sólo en el ámbito comercial, que tiene que ver fundamentalmente con el libre intercambio de productos y servicios. Una verdadera consolidación de los sistemas financieros estatales en un ente supraestatal que permita regular e institucionalizar como política común un sistema financiero global como en el caso de la administración de las pensiones o una consolidación bancaria común que abra la posibilidad de usar libremente productos y

servicios entre entidades bancarias de todos los países, sean o no de la Eurozona.

Será necesario abandonar el rumbo de “la UE de las dos velocidades” e incrementar la capacidad de actuación directa de la UE para acelerar el proceso de crecimiento y desarrollo de las economías que aún se encuentran en una fase de estancamiento económico. Desde una mayor flexibilización de los bancos centrales de los Estados para que puedan ajustarse a las variaciones del tipo de cambio en el euro, hasta la posibilidad de plantear un tesoro común.

En el ámbito político, sería necesario adaptar los mecanismos de representación política para acercar más las instituciones de la UE a sus ciudadanos. Resulta necesaria una revisión de las instituciones políticas de la Unión, para dar mayor representatividad a las minorías políticas y a las regiones históricas de los países, para que en el marco de la representación parlamentaria europea sea posible incluir a zonas y regiones de los estados miembros que tienen particularidades históricas, culturales, geográficas y políticas, o para que la resolución de los posibles conflictos entre regiones estatales o transestatales tenga un cause institucional con la participación de la Unión Europea.

Tal vez si dentro de la Unión, hubiese mecanismos de intervención institucional para la mediación y colaboración en la resolución de conflictos entre entes infraestatales, como en el caso de Cataluña, no se hubiese llegado al extremo en el que se han desarrollado los acontecimientos de los últimos días. Situación que, por cierto, representa tal vez el mayor reto institucional al que se haya enfrentado la Unión.

El desencanto por la política y los políticos en el mundo es evidente, aún en sociedades modernas como las que conviven en la UE, sin embargo, es también una realidad que la vocación democrática de las sociedades europeas continúa siendo un baluarte para la convivencia común. El respeto a las libertades y a los derechos fundamentales deberá seguir siendo la línea infranqueable para el mantenimiento de la paz y el desarrollo de todos los miembros.

En un mundo aún dominado por las potencias económicas, militares y políticas como los Estados Unidos, China o Rusia, la importancia de la UE como ente político y social promotor de los valores democráticos universales resulta relevante no sólo para los países miembros, sino para todo el continente y allende sus fronteras.

Si bien es responsabilidad de las instituciones públicas y de los partidos políticos promover iniciativas para mejorar los arreglos institucionales de la UE y su actuación como ente supranacional común, resulta necesario entonces que desde la sociedad civil, las universidades, los sindicatos, las organizaciones civiles, los clubes, las plataformas de lucha social, los medios de comunicación libres, los grupos empresariales comprometidos con la democracia, las iglesias, y todos los distintos colectivos y todas las formas de organización social puedan desde su espacio social y geográfico, y desde su propia perspectiva promover iniciativas de transformación y presionar a los dirigentes políticos y a los representantes populares, a generar alternativas novedosas e incluyentes que permitan construir una Unión Europea que permita ser un proyecto viable para los retos del siglo XXI y sobre todo que sea un espacio común sustentable para las nuevas generaciones.

El no hacerlo, significaría la derrota histórica del proyecto democrático de consolidación sociopolítico y cultural más importante de la historia. Ojalá.





UNA EUROPA SOCIAL Y FEDERAL QUE GANE EL FUTURO

Eduardo Bayón

Europa ha sufrido durante años la crisis del euro, una crisis que ha superado el ámbito económico y financiero del viejo continente, la cual también ha sido una crisis política y social que ha evidenciado grandes dificultades de los Estados miembros para competir con las potencias emergentes. A consecuencia de todo ello, se ha buscado y encontrado un culpable, que no es otro que la propia Unión, a la cual se la ha acusado constantemente de habernos traído la crisis del euro, cuando en realidad los culpables fueron los estados miembros.

En los tiempos actuales existe un continuado cuestionamiento del proyecto europeo, cuando en realidad, lo necesario en este momento es realizar el camino hacia una Europa unida bajo un proyecto federal que desborde y deje atrás los estados nación y a quienes siguen viendo en ellos toda la cura a nuestros males, cuando la realidad evidencia que desde los mismos resulta imposible entender y desempeñar un papel principal en el contexto actual

de globalización. Así pues, se requiere superar la falta de voluntad de los estados miembros y, especialmente, la falta de ambición de éstos por construir un proyecto federal europeo que se ha evidenciado en el rechazo constante a transferir más poder y competencias hacia las instancias europeas.

Los países de la eurozona deben gran parte de su prosperidad de los últimos años a la creación y existencia del euro, el mismo que se ha visto amenazado con desaparecer, y que con él fue posible superar los obstáculos monetarios existentes hasta entonces en el comercio europeo, olvidar las diferencias de cambio y desarrollar más el propio comercio de los estados miembros. Además de otras ventajas como la propia moneda única en sí misma, la baja inflación o los tipos de interés bajos. Ahora bien, el desarrollo ha tenido graves problemas que perviven desde su creación y como consecuencia, tenemos una moneda única, sin una Europa integrada, lo cual en el fondo es la esencia de la crisis de la eurozona, la

Eduardo Bayón es politólogo y abogado. Editor de Debate21.es (@edubayon_)

incompatibilidad de la propia moneda, con los estados nación anclados en el pasado mientras viven en un contexto postnacional.

La profundización en la integración europea debe producirse, ya que desde que sufrimos la crisis ha quedado patente la necesidad de un contrapeso político en el contexto de la globalización que contrarreste y controle los excesos cometidos por las entidades financieras y multinacionales, pues los órganos de control nacionales resultan a todos los efectos desfasados para hacer frente. Por ello, una unión política de verdad, estará en condiciones de realizar y acometer un papel fundamental en la regulación de dichas actividades. Además, resulta necesario para salvaguardar nuestro bienestar social y nuestra prosperidad que se produzca un giro social en las políticas de la propia Unión para conectar de nuevo con millones de ciudadanos descontentos que ven peligrar sus derechos sociales.

Con la llegada del euro, hemos tenido algo insólito en el mundo, una moneda única, sin un estado único. Y no sólo eso, sino que además carecemos de una autoridad pública que sea capaz de marcar e imponer disciplina y solidaridad, todo ello, mientras los estados miembros intentan a duras penas sostener el euro sin transferir más competencias a las propias instituciones comunitarias. Es también en este aspecto, donde se hace necesario para hacer viable el mantenimiento del euro, que se establezcan las bases de un estado federal europeo que determine la política económica, presupuestaria y fiscal de toda la Unión, pues empieza a ser más que obvio, que sólo una auténtica democracia europea, con reforzamiento y control de las instituciones y la participación ciudadana puede hacer sobrevivir a la propia Unión Europea.

Estados Unidos posee una deuda pública mucho más alta que la de los propios países de la Eurozona, pero en cambio eso no influye en el valor del dólar, pues detrás del mismo existe un único estado, con un gobierno federal y una administración pública única, lo que conlleva que no se generen dudas acerca de que tengan capacidad para generar ingresos y pagar sus propios intereses. En el caso de la Unión Europea, y en concreto de la Eurozona, ocurre precisamente todo lo contrario. En los últimos años hemos visto como líderes políticos europeos, encabezados por Francia y Alemania, hacían pública en reiteradas ocasiones su desconfianza con otros países de la zona euro. Todo ello conllevó que la confianza en esos países desapareciese aún más, trayendo consigo una bajada de calificaciones y un aumento de los tipos de interés, además de un riesgo de quiebra serio. Existe, pues, una necesidad de solidaridad y de recursos financieros propios con los que generar cierta cohesión en la Unión monetaria, para evitar que se repitan situaciones como las vividas, donde el peligro de una economía de la Eurozona, por pequeña que sea, haga tambalearse a la propia moneda común.

Resulta necesario superar el método intergubernamental actual y caminar por fin hacia la creación de una Europa federal, que traiga consigo unas instituciones europeas con suficiente poder, lo cual pasa por la creación de un gobierno federal reconocible y responsable, para el cual se requiere transformar a la Comisión Europea en el mismo, con ministros europeos que sean nombrados por el presidente, y para el cual exista un verdadero control por parte del Parlamento Europeo, el cual, a su vez, debe ver ampliadas sus competencias legislativas al igual que su iniciativa propia. Por su parte, el Consejo Europeo no puede ser nunca un lugar de encuentro,





pues resulta precisamente todo lo contrario, es el lugar donde más patente queda el egoísmo de los estados miembros. A través del Consejo Europeo debe articularse una verdadera cámara territorial.

La austeridad debe quedar atrás como una mera cuestión del pasado, por lo que se debe ahondar en realizar las medidas de crecimiento necesarias, que vayan acompañadas de unas finanzas públicas solventes que garanticen el crecimiento a medio plazo. No se puede volver al “círculo vicioso” en el que se entró en algunos países, con medidas de ahorro masivas que sólo conllevaron hacer descender cualquier perspectiva económica, con el consiguiente desplome de ingresos, que llevaba a su vez a más recortes. Así, las medidas de ahorro deben ir acompañadas de otras medidas que supongan crecimiento y prosperidad promovidas por la Unión Europea. Es ahí donde es necesario un presupuesto europeo creíble.

Por último, recalco que es preciso dotar a la Unión de nuevos canales de participación que reduzcan el déficit democrático que ésta adolece y que permita avanzar en la integración política para salvaguardar los progresos realizados. Redefinir el diseño institucional y conseguir una gobernanza eficiente, democrática y equilibrada son objetivos primordiales para que la Unión Europea intente volver a ilusionar, en estos tiempos de crisis y crecimiento de nacionalismos y antieuropeísmo que bien ha plasmado el Brexit.

CINCO TENSIONES EUROPEAS NO RESUELTAS

Manuel Rodríguez Morillo

Quien ha amado sabe que las tensiones son elementos importantes a gestionar en las relaciones. Cuando hay tensión entre dos personas suele ser un indicador de atracción que, posteriormente, puede dar lugar a algo más. Pero claro, esta tensión inicial, esos nervios por el primer enamoramiento no son tan positivos una vez que la relación está estabilizada. Cuando una pareja vive en tensión, ésta se manifiesta en forma de fallos de comunicación, discusiones, tedio y, si no se sabe gestionar, ruptura.

Algo así ha pasado con la Unión Europea: la tensión existente tras la Segunda Guerra Mundial ayudó a generar un movimiento europeísta favorable a la integración europea. El poso ideológico que desarrollaron años antes figuras como Countenhove Kalergi, Aristide Briand, el Conde Sforza o Salvador de Madariaga fue catalizado por diversos liderazgos (Churchill, Monnet, Schumann, Gasperi, Adenauer) en un contexto favorable (Plan Marshall, creación del FMI y del Banco Mundial) de forma que se dieron los primeros pasos: Consejo de Europa, Comunidad Europea del Carbón y el Acero, etc. La historia es de

sobra conocida. Lo que quiero recalcar aquí es que el inicio de este idilio fue posible porque esa tensión que desencadenó el proceso fue probablemente –diría Carl Schmitt– la más básica de la política: amigo-enemigo. Dos guerras mundiales provocadas por la competición entre Estados europeos “enemigos” hicieron tomar conciencia de la necesidad de evitar una tercera convirtiéndonos en “amigos” o, al menos, en socios.

Siguiendo nuestro ejemplo inicial, si esta es la tensión “positiva” que dio lugar al enamoramiento, ¿cuál es la tensión “negativa” que está provocando problemas en la relación? Sugiero que la complejidad de los problemas que aquejan a nuestra querida Unión Europea (y que ya han provocado el primer divorcio) puede analizarse en base a cinco tipos de tensiones:

A) Tensión Economía-Política (o Mercado-Democracia)

A la hora de sentar las bases de lo que terminaría siendo la Unión Europea confluyeron una serie de corrientes de pensamiento y de análisis que han

Manuel Rodríguez Morillo es politólogo y codirector de Cámara Cívica. (@ManuRodriguezCC)

determinado su desarrollo posterior. Aunque algunos proponían una unión política directa, los Padres Fundadores acabaron apostando por los planteamientos de Jean Monnet: integración gradual partiendo de la economía.

Así, tenemos por una parte la doctrina liberal de separar la esfera política del mercado, que es quien distribuye los recursos. Integrando los diferentes mercados de sectores estratégicos (carbón y acero en la CECA, energía atómica en EURATOM...) los otrora enemigos acérrimos (fundamentalmente Francia y Alemania) se convertían en socios con intereses comunes. Por otra parte, el neofuncionalismo afirma que partiendo de la economía, mediante un proceso de desbordamiento (*spill over*) la integración se iría ampliando al asumir poco a poco más competencias y sectores para gestionar.

A priori parece que ambos planteamientos acertaron: nunca han pasado tantos años sin guerra en Europa y la Unión asume hoy responsabilidades en ámbitos inimaginables hace 60 años. Sin embargo, la primacía de la economía en la construcción de Europa ha supuesto en muchos casos dejar de lado la política. Balancear demasiado la arquitectura institucional europea hacia el mercado ha supuesto que todo funcionaba mientras el mercado funcionase. Cuando la economía fracasa, es el momento de la política. Pero cuando el mercado ha fallado, como ha demostrado la descomunal crisis que aún arrastramos, tenemos que no existen los canales adecuados para gestionar el desorden.

A modo de ejemplo:

Artículo 30 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea (TFUE)

En el ejercicio de las facultades y en el desempeño de las funciones y obligaciones que les asignan los Tratados y los Estatutos del SEBC y del BCE, ni el Banco Central Europeo, ni los bancos centrales nacionales, ni ninguno de los miembros de sus órganos rectores podrán solicitar o aceptar instrucciones de las instituciones, órganos u organismos de la Unión, ni de los Gobiernos de los Estados miembros, ni de ningún otro órgano. Las instituciones, órganos u organismos de la Unión, así como los Gobiernos de los Estados miembros, se comprometen a respetar este principio y a no tratar de influir en los miembros de los órganos rectores del Banco Central Europeo y de los bancos centrales nacionales en el ejercicio de sus funciones.

Como se puede comprobar, a pesar de que este apartado se encuentra en un capítulo denominado Política Monetaria, lo que hace literalmente es desconectar dicha política pública (*policy*), uno de los éxitos más palpables del proyecto europeo, de la política (*politics*). En otras palabras, se sustrae del debate público de los distintos actores políticos y sociales cuestiones tan relevante como los tipos de interés, la inflación, los tipos de cambio, etc.

¿Qué respalda esta reglamentación del TFUE? A priori, la consideración de que la política monetaria puede generar caos si se deja en manos de los políticos. En efecto, sabemos que hay precedentes de distorsiones por el abuso de políticas expansivas conforme se acercan las elecciones ("ciclo económico electoral"). De ahí que la política monetaria deba dejarse en manos de "expertos" que tomen decisiones "técnicas" en función de lo que digan las cifras.

Fantástico. Esto sería perfecto si no fuera el propio TFUE el que dice en su art. 127 (reproduciendo los

principios del art. 119) que el Sistema Europeo de Bancos Centrales (SEBC) “*actuará con arreglo al principio de una economía de mercado abierta y de libre competencia*”. Cualquiera que sepa un mínimo de teoría política sabe que dichas expresiones provienen de la tradición liberal y no de otra.

Como decíamos arriba, la UE se construyó en base a principios liberales y un poso queda. Sin entrar a cuestionar esto, lo que queda claro es que ciertas decisiones se sacan del debate político para dejárselas a una supuesta tecnocracia sin ideología pero que, como se puede comprobar, parte de unas premisas claramente ideológicas.

La conclusión es clara: cuando la sociedad ha necesitado debatir qué solución tomar ante un problema concreto, enriquecer las políticas públicas con aportaciones de los diferentes grupos y tradiciones políticas no ha sido posible, dado que ciertos temas están sustraídos a la deliberación pública por considerarse “apolíticos”. Pero como podemos comprobar, de apolítico tiene poco. Este recorte a la democracia ha pasado factura y ahora estamos viendo sus consecuencias: secesionismos que enarbolan la bandera del autogobierno, movimientos anti-Troika, “cortocircuitos” entre la legitimidad de las urnas y la decisiones europeas (Caso Tsipras)... La democracia es autogobierno y si se cercena la capacidad de autogobierno, los efectos pueden ser (están siendo) desastrosos.

Por tanto, en la tensión entre economía y política se hace necesario rebalancear el equilibrio hacia la política, la participación, la deliberación. La democracia.

B) Tensión Intergubernamental-Supranacional (o Múltiples Intereses-Interés Común)

La UE tiene la difícil tarea de articular los intereses de los Estados miembros que la forman y los suyos propios como organización. Eso sin contar los de multitud de actores políticos, económicos y sociales que actúan como grupos de presión en uno u otro sentido (regiones, partidos, ONG, lobbies...). Según el enfoque predominante, podemos hablar de modelo intergubernamental o supranacional.

El modelo intergubernamental ha tenido mucho peso a lo largo de los años. Los diferentes Estados miembros colaboran o compiten para alcanzar sus objetivos dentro de la institución europea. Como organización internacional, la UE se encarga de “organizar” la forma por la que se conjugan los diferentes intereses, a menudo en conflicto. Es sabido que dentro de la UE hay alianzas más o menos informales como la de los países mediterráneos y los nórdicos, agrarios o industriales, etc.

Por su parte, el enfoque supranacional tiende a considerar a la UE como un nuevo nivel de gobierno y por tanto con intereses propios (y legitimidad para llevarlos a cabo). Piénsese en el impulso al pilar de Derechos Sociales, la política pesquera, la promoción de derechos humanos entre países vecinos...

Ambos modos de funcionamiento parecen útiles y eficaces. Pero su trabajo conjunto a menudo da lugar a incoherencias. Un ejemplo cercano sería el de la crisis de los refugiados: a pesar del esfuerzo de la UE por coordinar los acogimientos, varios estados miembros se han rebelado.

Esta tensión genera que se haya normalizado entre

quienes tratan los asuntos europeos la dinámica de analizar la política europea en función de los liderazgos individuales que la integran. Así, debemos estar atentos a las elecciones en Alemania porque “Merkel puede girar a la derecha”, viene una buena época de europeísmo “gracias al compromiso de Macron” o se va a trabajar mucho por los refugiados “gracias al arrojo de Matteo Renzi”. Al final, de lo que estamos hablando es que la institucionalidad europea (enfoque supranacional) no tiene tanta capacidad para ordenar los intereses internos y depende de los liderazgos individuales de los gobernantes de los estados miembros (enfoque intergubernamental).

¿Cómo solucionar esta tensión? Es difícil decirlo. Por lo general, los europeístas pretenden resolver estos problemas “con más Europa” y los estatistas con mayor relevancia de los gobiernos nacionales. Lo que está claro es que, si no se resuelve, puede dar lugar al retorno al protagonismo de los estados-nación... El Brexit es probablemente el primer gran éxito de esta forma de pensar, lo que no quiere decir que quienes apuestan por una UE más intergubernamental quieran reventarla.

C) Tensión Centro-Periferia (o Mariachis-Orquesta)

Un tema del que poco se habla. A menudo parece que la Unión Europea son Alemania, Francia y los mariachis, pero la orquesta no suena igual de bien si falta cualquier instrumento, aunque sea el triángulo. Hacer de Europa un campo de juego a la medida lo mismo de Luxemburgo que de Malta es difícil, pero parece un objetivo inevitable.

El archiconocido Libro Blanco sobre el futuro de Europa de la Comisión Juncker sitúa las diferencias territoriales, de riqueza, de voluntad integradora, etc.

como premisa y a partir de ahí ofrece cinco alternativas:

1. Seguir igual.
2. Sólo el mercado único.
3. Los que desean hacer más, que hagan más.
4. Hacer menos, pero de forma más eficiente.
5. Hacer mucho más conjuntamente.

Los países más potentes, autodenominados “el núcleo duro de Europa” apuestan por la opción 3, “la Europa a dos velocidades”. Unos tiran del carro y los demás se van amoldando. Si un grupo de Estados acuerda más integración en un área y otros no, la situación no estará desbloqueada sino diferenciada.

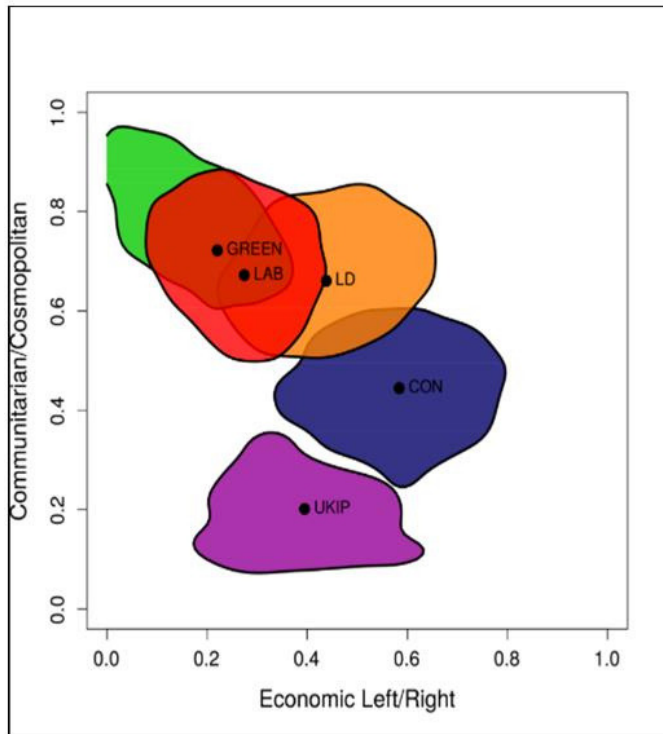
Así, Europa responde a la desigualdad con más desigualdad, desde un discurso “pragmático” que pretende dar alas a los que ya pueden volar. Teniendo en cuenta que consagra la distinción entre países de primera y de segunda, lo correcto sería decir que esta propuesta busca que los grandes “suelten lastre”.

Los medios de ese núcleo duro, el centro, aplauden la medida especialmente tras el Brexit. Sin embargo, es previsible que, en no demasiados años, esas desigualdades territoriales y sociales contribuyan a estropear este proyecto llamado Europa. Ante un desencuentro en el ritmo al que llevar la relación, veremos si esta apuesta por una “relación abierta” no acaba en divorcio.

D) Tensión Local-Global (o Provincianos-Cosmopolitas)

La mayoría de votos al Brexit han sido de personas que no se identificaban con los valores de cosmopolitismo y apertura (ver gráfico). Igualmente, en las elecciones presidenciales en Francia, los votantes de Macron

presentaban un perfil mucho más cosmopolita y los de Le Pen, notablemente localistas o estatistas. De ahí que una de las crisis que atraviesa Europa, la de los nacionalismos, deba ser entendida en otros términos.



Diversos actores políticos e instituciones no han abordado correctamente este problema porque llevan demasiado tiempo pensando en términos de derecha e izquierda. Así, se etiqueta al nacionalismo como una ideología “de ricos” e insolidarios, se señala la paradoja de esa izquierda que ha transitado del internacionalismo al nacionalismo, etc. El resultado es un debate cojo, como mucho situado en los ejes de orden frente a cambio.

Sin embargo, tratar este tema desde un marco diferente, donde el dilema sea entre cosmopolitismo y localismo puede ser de mucha mayor utilidad. Además, huir de este teoricismo que nos gusta tanto a algunos politólogos (entre los que me incluyo) puede ayudar a generar con la gente corriente un plus de empatía (que

no sobra hoy día): es mucho más fácil comprender las raíces de diversos enfoques en función de la vida y expectativas de los distintos grupos sociales. Alguien a quien desde joven se le ha inculcado la importancia de saber idiomas, de ver mundo, que ha podido viajar a otros países, disfrutar de una beca Erasmus y quizás incluso pasar un verano en Malta “aprendiendo inglés” tendrá una mejor predisposición hacia las oportunidades que ofrece un terreno de juego superior al estatal. En cambio, quienes han vinculado su educación y su trabajo a un territorio, que confían en que el porvenir de su trayectoria depende en mayor medida de las condiciones de su entorno, sentirá más apego a lo inmediatamente cercano. Esta diferencia en la percepción de expectativas hace complicado el diálogo entre unos grupos y otros, lo que puede conducir a una sospecha mutua.

Esta descripción de cada posición puede parecer simple pero no es baladí: gran parte de la polarización respecto a este tema hace que convivan en el mismo territorio quienes quieren que en Bruselas se decida todo para ponerse en los estándares europeos y quienes quieren acercar aún más los centros de decisión. Pero siguiendo el razonamiento anterior, tiene lógica: quien va a disfrutar de una beca Erasmus quiere que se elimine el roaming en la UE porque se va a beneficiar de esa medida. Quien no va a salir de su región no ve ningún beneficio en que esa decisión se haya tomado a cientos de kilómetros de su vida.

E) Tensión Dentro-Fuera (o Protección-Apertura)

Por último, no podemos dejar de hacer mención a una tensión que me parece clave: la relación de Europa con el resto del mundo. El compromiso con extender la democracia y los Derechos Humanos, así como el comercio mundial, está irremediabilmente conectado

con la posibilidad de conseguir un beneficio interno. Dicho de otro modo: la forma en la que nos relacionamos con los de “afuera” está vinculada a quienes estamos “dentro”. Pero... ¿qué ocurre cuando los intereses entre los de dentro y los de fuera son antagónicos?

Uno de los dilemas que ha puesto en jaque a la UE, de nuevo, ha sido la política migratoria y de acogida de refugiados. No puedes legitimarte simbólicamente como garante de la democracia y los Derechos Humanos en el mundo y cerrar las puertas a quienes vienen pidiendo ayuda. Sin embargo, este trato hacia los de “fuera” entra en conflicto con la obligación de proteger las fronteras para mantener a salvo a los de “dentro”. Esta forma de pensar tan deliciosamente feudal nos retrotrae a los debates que se daban en el Bajo Imperio Romano, cuando una isla de abundancia pretendía protegerse del avance de los germanos encerrándose cada vez más en sus muros.

La tensión entre mantener puentes y cerrar puertas parece un juego de suma cero, pero tenemos los recursos necesarios para romper este dilema.

Entonces, ¿qué hacemos con la tensión?

Como ha podido comprobarse, hay muchos frentes abiertos para la Unión Europea. Pero no hay que alarmarse. Es normal cuando se ha construido un proyecto de tal envergadura. Lo que sí está claro es que hay que hacer autocrítica e intentar intervenir en estos espacios donde se ha generado el conflicto.

¿Cómo puede Europa volver a enamorarse?

Escuchando, dialogando, seduciendo, atendiendo a los detalles y proyectando un horizonte común. Como en cualquier relación. Sea entre dos o entre quinientos millones de personas.



EUROPA, CARIÑO, LO NUESTRO NO FUNCIONA

Alexandra Vallugera

Cuando Monnet y Schuman idearon la CECA, y Gasperi se añadió al proyecto se puso la primera piedra de lo que hoy es la Unión Europea.

De una Comunidad Europea del Carbón y el Acero, nacida en 1951, entre países que se habían matado durante años a un ente supranacional pero no federal ni confederal, sino todo lo contrario.

De la integración del mercado de recursos básicos como el carbón y el acero para evitar una guerra (no se ataca a los aliados económicos) a través del intercambio comercial a un gigante económico pero un enano político. Y, ya puestos, un gusano militar.

A la CECA le siguieron la CEE (Comunidad Económica Europea) y la CEEA, conocida popularmente como Euratom. Con el Tratado de Roma, de 1957, se considera que nacen las Comunidades Europeas, un bebé monísimo con un futuro brillante que se ha convertido en un adulto panzudo, holgazán y mediocre. A sus 60 años, la UE luce vieja, artrítica, pedante, autoritaria y sobrecargada de vicios y regulaciones.

Los valores básicos de la Unión Europea, según la web del Parlamento Europeo, son el respeto por la dignidad humana y los derechos humanos, libertad, democracia, igualdad e imperio de la ley. Las actuaciones, políticas, regulaciones, decisiones y acciones de la Unión Europea deberían ir orientadas a estos fines, buenos en sí mismos.

Los tratados de Maastrich primero y el de Lisboa después consignan como objetivos de la UE: promover el progreso económico y social, un desarrollo equilibrado con un alto nivel de empleo; el establecimiento de una unión económica con una moneda única; afirmar la identidad europea con una política exterior y de seguridad común; crear una ciudadanía de la UE para reforzar los derechos de los ciudadanos de los Estados miembros; mantener y desarrollar la Unión como un espacio de libertad, seguridad y justicia, garantizando la libre circulación de personas y mantener íntegramente el acervo comunitario, es decir, las normas básicas y fundamentales que hacen que la Unión sea lo que es cuando se negocia con países terceros que quieren

Alexandra Vallugera es politóloga y consultora de comunicación (@alexvallba)

incorporarse.

Hay quien podría argumentar que los valores básicos, los *core values*, están reñidos por fuerza con los objetivos de la Unión. ¿Cómo se combina el respeto por la dignidad humana y la igualdad cuando hay países que ya forman parte de la Unión que lo de los derechos humanos lo consideran una declaración de intenciones, saltándose así el acervo comunitario, básico para poder formar parte de la UE? No hay que ir muy lejos para verlo: hemos asistido a la peor crisis de refugiados desde la Segunda Guerra Mundial y la Unión Europea no ha estado a la altura. No sólo ha optado por reforzar la seguridad costera para evitar la llegada de seres humanos desesperados al territorio de la UE, sino que además, con los que ya habían llegado y a los que no ha podido deportar, no ha sido capaz de hacer cumplir a los Estados miembros con sus compromisos de acogida. Hungría, Polonia y la República Checa se han negado a acoger a nadie (2); el resto están muy por debajo de los compromisos que asumieron.

¿Pero qué es la UE? Y aquí radica la cuestión principal.

La Unión Europea actualmente es un monstruo burocrático, con instituciones que controlan todos los ámbitos de la vida de sus ciudadanos desde Bruselas, sin que éstos, a su vez, sean conscientes de su importancia y peso en sus vidas pequeñas y locales. Pero además, no es una unión de ciudadanos o pueblos o voluntades. Es una unión de Estados que aunque nominalmente ceden parte de su soberanía para el gobierno común de la Unión, en realidad simplemente envían a sus representantes a los diferentes órganos comunitarios para seguir luchando por su trozo del pastel.

La Comisión Europea, que debería ser el gobierno de la Unión, está formada por tantos comisarios como Estados miembros hay en la Unión. En estos momentos, 28 comisarios, que se supone que tienen como cometido dirigir desde sus direcciones generales las políticas de la UE.

Pero es que la representación territorial de los Estados miembros, y de sus intereses particulares, claro está, ya está establecida en otro órgano, el Consejo Europeo. El Consejo Europeo es donde deben reunirse los jefes de Estado y de gobierno, más el presidente del Consejo Europeo, más el presidente de la Comisión Europea. Entonces, ¿para qué la Comisión también tiene representación de todos y cada uno de los Estados miembros? Claro, por el veto. Porque hay decisiones que han de ser unánimes y claro está, los intereses de los Estados pasan por encima de los intereses de la Unión.

Y nos queda, como gran institución también, el Parlamento Europeo, con funciones que con el tiempo se han ido ampliando. De controlar una parte del presupuesto, a poder, actualmente, escoger al presidente de la Comisión Europea. Un paso adelante para que la Comisión sea un gobierno de la Unión, pero ¿de qué sirve, si en realidad luego colocan un comisario por Estado? ¿Por qué votar a unos miembros del Parlamento que no sabes de qué sirve, ni qué van a hacer? ¿Y que cuando discuten un tema básico para el 50 % de la población de la UE, como son las agresiones sexuales a mujeres, ni tan siquiera van al Parlamento? (2).

La Unión Europea se ha convertido en un mastodonte burocrático del que no apetece enamorarse, aunque podría ser de lo más seductora y apetecible con unos

cuantos retoques. Esto sí, retoques de profundidad.

Habría que desmontar toda la Unión Europea y empezar de nuevo. No se pueden reformar estructuras que están blindadas, precisamente, para no cambiar. Como en El gatopardo de Lampedusa, en la Unión Europea cambia todo para que nada cambie. Se acepta que el Parlamento escoja el Presidente de la Comisión para darle un barniz de democracia al ente ejecutivo de la Unión, pero no se elige el líder de un grupo parlamentario con un programa, sino a un individuo a quien no le van a dejar elegir su propio gabinete.

Habría que reempezar de nuevo, con un Parlamento con partidos o agrupaciones de electores transnacionales; que se pudiera votar por el partido verde, el partido liberal, el socialista o el conservador, por los partidos independentistas o regionalistas; por políticas comunes a todos los ciudadanos de la Unión. Y que el partido más votado pudiera implementar sus políticas presentadas a la ciudadanía. Un socialista sueco tiene más en común con un socialista portugués que con un conservador de su país, en muchos casos.

Habría que empezar de nuevo, con países que no se pasaran los derechos humanos por detrás de las orejas y para los que las políticas prácticamente fascistas fueran una expulsión directa, con tarjeta roja inmediata.

Habría que empezar de nuevo con un gobierno para los ciudadanos y no para los gobiernos de los Estados miembros.

Habría que empezar de nuevo con todos los nuevos estados y países que van a nacer a lo largo del siglo XXI en el seno de la Unión Europea. Porque siguen siendo estados multinacionales, aunque los estados lo nieguen. Hay tensiones nacionales en España, en Francia, en Italia, en Alemania, en Bélgica. En todos los Estados grandes y con peso sobredimensionado en la Unión.

Habría que empezar de nuevo sin pactar con países terceros que asuman las obligaciones morales a cambio de dinero.

Habría que empezar de nuevo basándonos en los *core values* y no tanto en los tratados que, además, ni tan siquiera son ratificados por los ciudadanos de los Estados miembros, no sea caso que descubran que la Unión Europea simplemente es una administración más, y, además, de las caras de mantener.

referencias:

(1) <http://www.zerohedge.com/news/2017-07-26/eu-force-poland-hungary-and-czech-republic-accept-refugees>

(2) https://twitter.com/Laia_Fores/status/923123086341402625

HACIA UN “NUEVO MUNDO” EUROPEO

Ricardo Gómez Laorga

La peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea. Con estas palabras, el escritor austríaco de origen judío Stefan Zweig criticaba en su celeberrimo libro *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, la escalada nacionalista que vivía Europa desde los albores de la Primera Guerra Mundial. Desde que se conoció al remoto apéndice occidental del continente asiático con el nombre de “Europa”, surgió una maquinaria mítica que a lo largo de los siglos ha intentado crear un sentimiento de pertenencia a un territorio denominado a semejanza de la mujer fenicia seducida por Zeus. Así, todos los europeos occidentales han querido continuar la estela cultural clásica que griegos, fenicios y, después romanos, se encargaron de extender por la cuenca mediterránea, así como sus diversos sucesores por el resto del denominado “Viejo Continente”. Sin duda alguna, el cénit de este sentimiento de pertenencia mutua y de arraigo al terruño europeo se immortalizará en la célebre firma del Tratado de Roma de 1957.

Apenas una década antes, se había dado por finalizado

el conflicto más sangriento y vergonzoso del siglo XX. Más allá del incontable número de víctimas, las infraestructuras destruidas o el trauma provocado a generaciones enteras de europeos, la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) se había basado en dos aspectos a destacar. En primer lugar, la lucha fratricida de millones de jóvenes, quienes como en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), acudían a los diversos frentes bélicos como carne de cañón siguiendo los deseos y/u objetivos de unas clases dirigentes que, en unos casos, buscaban recuperar la grandeza y el honor arrebatado con la firma de los tratados de paz veinte años antes y, en otros, mantener el *statu quo* establecido desde la Gran Guerra.

El segundo aspecto a resaltar es el selectivo y efectivo genocidio –término que, precisamente, surge a consecuencia de las políticas raciales nazis– llevado a cabo por los países del Eje y sus territorios títere. Pueblos como el judío, presentes en Europa desde hace siglos y fundadores como otros tantos de la cultura y valores europeos, fueron masacrados vilmente por el simple hecho de pertenecer a una

Ricardo Gómez Laorga es graduado en Historia por la UCM, está cursando el doble grado en Sociología-Relaciones Internacionales y Experto en Desarrollo de la UCM. Actualmente es estudiante de Sociología en la Università degli Studi di Roma “La Sapienza”. (@RicardoGLaorga)

minoría acusada de ser el origen de los males nacionales. Existen al respecto numerosos testimonios sobre la brutalidad de las autoridades nazis y colaboracionistas con las minorías hebreas. Un ejemplo lo aporta el siempre brillante Stefan Zweig, quien en el ya citado *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, lleva a cabo un detallado recorrido de cómo era la vida en la Europa de la *belle époque*, y cómo el espíritu aperturista y cosmopolita de estos años dio paso a un retorno al nacionalismo más reaccionario y agresivo que desembocará, como se ha dicho, en la Primera Guerra Mundial como prólogo, en el periodo de Entreguerras como nudo y en la Segunda Guerra Mundial como epílogo.

Para europeístas como Jean Monnet, Aristide Briand o el propio Zweig, el auge de los totalitarismos en el continente podría recordar al mito que le da nombre. Según la mitología helénica, Europa era una bella mujer de la cual Zeus se enamoró perdidamente. Para conseguir la atención de la joven, el dios de dioses griego se convirtió en un toro blanco en el cual ésta se subió. Fue entonces cuando decidió raptarla para poder contraer matrimonio con ella. Más allá del relato mítico que nos ofrece la tradición clásica, se observa cómo Europa desde su propia etimología se basa en un relato de “secuestros”. Estableciendo una analogía, desde finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se produjo un “rapto” del continente europeo y de la idea europeísta por parte del concierto de estados y su exacerbado nacionalismo y patriotismo. Así, la fiebre nacionalista y chovinista desembocará en 1914 en la Primera Guerra Mundial, primera gran prueba del poder destructivo del hombre.

No obstante, en el periodo de Entreguerras se vislumbraron importantes proyectos europeístas.

Quizás el más famoso fue el que llevó a cabo el binomio Briand-Stresemann. Aristide Briand fue uno de los políticos más brillantes de la Tercera República Francesa (1879-1940) y, como ministro de exteriores francés, intentó llevar a cabo una férrea apología del proyecto paneuropeo en un contexto histórico en el que el Viejo Continente no estaba preparado para tal ambicioso desafío. Junto a su homólogo alemán, Gustav Stresemann, compartió el Premio Nobel de la Paz en 1925, precisamente por la política de fraternidad promulgada en los Acuerdos de Locarno del mismo año. Desgraciadamente, las ambiciosas ideas de unión de Briand caerán en saco roto con la crisis económica de 1929. Europa será un vivero de gobiernos nacionalistas que no verán con buenos ojos el ideario federalista propuesto en el Memorando Briand.

Lo que ocurrirá después ya ha sido narrado. Europa volverá a ser “secuestrada” por el fantasma nacionalista y, en esta ocasión, el esperpento será aún mayor y dará lugar a la Segunda Guerra Mundial. Precisamente, la destrucción material y humana que sufrió el continente hizo que muchos de los líderes de posguerra decidieran converger y olvidar de una vez por todas las rencillas pretéritas. Todo ello se hará a espaldas de la URSS –otrota aliada, ahora convertida en enemigo–, y con la bendición de los Estados Unidos. Lo realmente interesante fue que la tradicional rivalidad franco-germana se olvidará y las dos potencias continentales más importantes –esta última bajo la forma de la Alemania Federal– conseguirán acercar posturas.

Si bien las primeras convergencias serán en materia económica y cristalizarán en la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) en el Tratado de

Roma de 1957, pronto los líderes de la Europa occidental olvidarán el “divide y vencerás” apostando por lo contrario: aumentar tanto las competencias de la CEE, como el número de países adscritos a la misma. A grandes rasgos, desde 1957, el relato de la UE –denominación que adquiere la CEE en 1992, precisamente para abandonar una única connotación económica–, es el de una historia de éxito. La UE se convirtió en un espacio de paz y respeto de las libertades humanas en el que los ciudadanos europeos pueden pagar con una única divisa o viajar sin pasaporte por la mayor parte de los territorios que la forman.

Siempre se ha comentado que la Historia es cíclica y tiende a repetirse. La Gran Recesión de 2008 golpeó de lleno los cimientos europeos, permitiendo el afloramiento de movimientos nacionalistas de corte populista. Esta miríada de agrupaciones políticas hostiles al proyecto europeo forma un grupo heterogéneo de reivindicaciones y, en muchos casos, con una diversa representación parlamentaria en sus países de origen y en el Parlamento Europeo. No obstante, hay dos características comunes a todos ellos: su crecimiento a raíz de la crisis económica y su idea de la UE como una máquina burocrática que usurpa recursos patrios y soberanía nacional. De nuevo se aprecia cómo Europa –en este caso la UE–, es de nuevo secuestrada por este “Zeus” nacionalista que, en momentos de zozobra económica, prefiere mirar hacia sí mismo y abandonar el proyecto común. Bien es cierto que, a diferencia de los dos casos anteriores, la UE ya existe como ente supranacional y sus lazos comprometen más a los países miembros que antaño, cuando éstos aún conservaban su plena soberanía nacional y negociaban con sus pares con la única objeción de los órganos donde residía ésta.

Ahora bien, ¿qué se puede hacer para dejar de alimentar la bestia nacionalista latente actualmente en la UE? Dicha cuestión es debatida a diario en los organismos de poder europeos. Puede parecer una suerte de mantra o un “bálsamo de fierabrás”, pero nada más lejos de la realidad: la UE necesita volver a ilusionar como hizo a generaciones anteriores de europeos, quienes realmente creyeron en este organismo como la solución de los problemas que había tenido el Viejo Continente tradicionalmente.

En primer lugar, debe haber un intento por parte de las autoridades europeas de llegar a toda la población. Uno de los argumentos más populares de los eurófobos es la visión de la UE como una “bestia burocrática y lejana”. Como si de un imperio se tratara, muchas regiones periféricas aprueban con recelo lo que se decide desde la “metrópoli” bruselense. Precisamente, fue uno de los pilares en los que se basó el Brexit: los partidarios de la salida del Reino Unido de la UE concebían a ésta como una entidad supranacional que violaba la soberanía nacional británica, estando Londres subyugado a los intereses heterogéneos de un conjunto de casi 30 países. Asimismo, se arguyó que el Reino Unido era uno de los países que menos recibía de los fondos comunitarios respecto a lo que aportaba. Fue una tesis que caló en el pueblo británico, quien votó por abandonar el club europeo el 23 de junio de 2016.

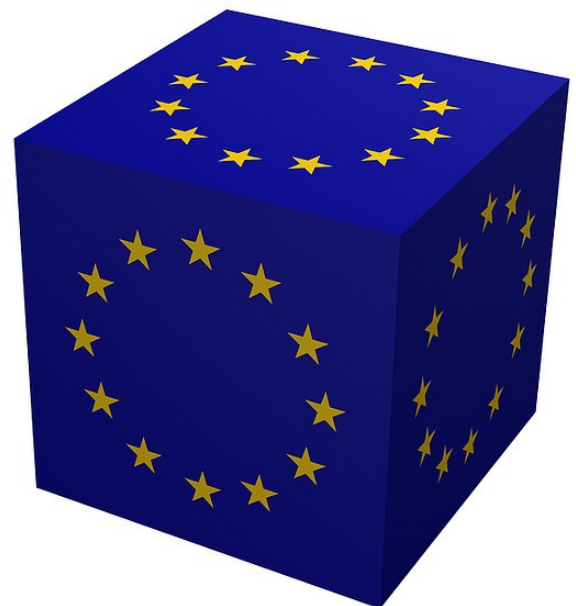
Así, debe evitarse la coletilla “desde Bruselas” y llevar a cabo políticas que penetren en el ideario de los más de 400 millones de ciudadanos de la UE. Más allá de las decisiones económicas, la UE ha demostrado a lo largo de sus 60 años de historia su capacidad de convergencia entre países otrora enemigos en un ambiente de fraternidad. Un ejemplo es el ámbito

cultural, donde los intercambios estudiantiles suponen una de las puntas de lanza. Para los que hemos podido disfrutar –y estamos disfrutando– de una beca de estudios en universidades de otros países europeos, la experiencia es prácticamente inigualable. Supone entrar en contacto no sólo con los habitantes del país de acogida y su sistema educativo, sino con otros estudiantes de diversos territorios que acuden a la ciudad en cuestión. Suele decirse que la posibilidad de estudiar un año en el extranjero cambia la mentalidad y cosmovisión del que lo disfruta. Es por ello, que la UE debe seguir el camino de la convergencia cultural que lleva realizando desde hace más de 30 años y, si cabe, hacerlo más ambicioso. Los jóvenes que hoy acuden a otros países a completar sus estudios serán con muchas probabilidades los mayores apólogos del proyecto europeo en el futuro.

Por otro lado, uno de los temas que más ha perjudicado la visión de la UE entre la sociedad civil europea, es la gestión de la actual crisis de refugiados, la mayor desde la Segunda Guerra Mundial. El poder blando del que la UE gozaba como benefactora de los derechos y las libertades humanas, ha sido puesto en entredicho. En los últimos tiempos se han podido observar en los países balcánicos prácticas gubernamentales poco acordes al ideario propugnado por la UE: cierre de fronteras, persecución de refugiados por parte de las autoridades policiales... Tras el acuerdo con Turquía, la vía balcánica ha quedado en suspenso y, actualmente, el principal puerto de entrada es a través de la costa libia hacia el sur de Italia, previo paso por la pequeña isla siciliana de Lampedusa.

Italia ha protestado enérgicamente en los últimos meses por la poca solidaridad del resto de estados

miembros y, antes del reciente acuerdo con las autoridades libias, se encontraba completamente superada por la llegada de refugiados. En el país transalpino se está gestando un creciente rechazo hacia el refugiado en particular y, hacia el inmigrante en general. Partidos de extrema derecha como la Liga Norte y otros como el európhobo Movimiento Cinco Estrellas crecen paulatinamente en los sondeos, aupados por la crisis de los refugiados y la poca respuesta de las autoridades europeas. Es muy notable el caso del primero. Se trata de una agrupación que nació con el objetivo de lograr la independencia de una región ficticia denominada “Padania” y que se identifica con el Valle del Po, el territorio donde se hallan las regiones más prósperas del país. Si bien en tiempos pretéritos el “enemigo” del discurso de la Liga Norte era el “zángano italiano del sur”, quien a su juicio vivía del buen hacer y eficiencia del italiano del norte, actualmente se ha creado un enemigo común: el refugiado/inmigrante. Esto explica que la Liga Norte sea actualmente uno de los partidos más votado en las regiones del sur, precisamente los territorios donde arriban los refugiados.



Así, puede afirmarse que becas de intercambio estudiantil, o una mayor solidaridad en el reparto efectivo de las cuotas de refugiados, pueden actuar como herramientas valiosas de cara a la hipotética consecución de un sentimiento de cohesión paneuropeo. Desde el punto de vista económico y, sin entrar en aspectos técnicos, es imperativo llevar a cabo un giro en redondo en las políticas comunitarias. Desde el advenimiento y desarrollo de la Gran Recesión, se han promulgado políticas consistentes en la reducción del gasto público para así reducir la deuda que en muchos países multiplicaba el valor de su propio PIB. Territorios como Grecia se han visto literalmente desbordados y embargados con unos préstamos comunitarios que han provocado un exponencial endeudamiento y un importante empobrecimiento social. Quizás el ejemplo de Atenas es el paradigmático, pero no el único: Madrid, Lisboa, Nicosia y, en menor medida, Roma, se han visto afectadas por los requerimientos comunitarios.

Así, se ha abierto una importante brecha norte-sur que será difícil de cegar. Lógicamente existen otros tipos de fisuras –tanto geográficas como ideológicas– en el seno de la UE, pero puede decirse que el origen de todas ellas está implícita o explícitamente en el estallido de la crisis económica y la quiebra de los socios del entorno mediterráneo. El recelo de la sociedad de muchos países perjudicados por las decisiones comunitarias puede superarse –o al menos reducirse– con una apuesta por la política social, ahora que las economías de la UE parecen haber superado en su mayoría la Gran Recesión. Es necesario para los líderes de la UE derribar la tácita frontera establecida en los Alpes, e intentar reducir las diferencias entre los socios meridionales y orientales y los septentrionales.

Por último, desde el punto de vista emocional, es necesario llevar a cabo –aunque suene quimérico e improbable–, un *volksgeist* europeo, es decir, un espíritu de pertenencia a un único pueblo. A priori puede parecer una empresa imposible de realizar, pero solamente es necesario un paulatino cambio en la visión del nacionalismo tal y como se promulgó en el siglo XIX. Aparentemente un polaco o un francés tienen pocas cosas en común. No obstante, hace 150 años podrían haber pensado lo mismo un siciliano y un veneciano. Suele decirse que el nacionalismo surge y se desarrolla con la búsqueda de un enemigo común.

En el caso europeo debe promocionarse un sentimiento de pertenencia supranacional mediante las herramientas ya expuestas, y con una mayor inclusión de las sinergias que origina la UE en la sociedad que la conforma. Quizás la futura salida del Reino Unido –el país más reticente a llevar a cabo políticas más ambiciosas en el seno comunitario– pueda suponer una oportunidad para llevarlo a cabo. Estamos asistiendo a tiempos convulsos para el futuro de la UE. El futuro de la convivencia europea se juega en los próximos años. Debemos ser conscientes del momento y, más que nunca, seguir apostando por hacer Europa.

HUMANÍZALA, SIÉNTELA, EJEMPLIFÍCALA Y, DESPUÉS, CUÉNTAMELA

Ángela Paloma Martín

Europa impacta en nuestras vidas. Todos los días. Leo artículos de hace dos, cuatro, seis años... y pienso que están escritos hoy. Vuelvo a leer palabras de Soledad Gallego-Díaz de 2008 y nada ha cambiado, sólo se ha movido algún que otro dato. Volvemos a cometer los mismos errores porque, al leerlos, hoy, creemos no haberlos cometido jamás. A veces sólo nos queda la hemeroteca para comprobar que nada de lo que creemos es verdad. Aunque una cosa es lo que pasa y otra cómo nos lo cuenten, o lo contemos. Estas palabras son un buen ejemplo de ello, ¿no?

“La UE combate la máquina de propaganda del Kremlin”, “La UE planea prohibir la venta de armas a Venezuela”. Combate, prohíbe... Pero también “logra acuerdos”, “eleva previsiones”... Titulares. No son más que titulares que los ciudadanos leemos sin saber muy bien qué significan o en qué nos afectan. Pronto nos llamarán de nuevo, pronto a votar. ¿A votar qué? ¿A quiénes? Empapelarán calles, las noticias de Cataluña

pasarán a un plano europeo y veremos caras conocidas y caras nuevas que siempre estuvieron pero que no sabíamos que estaban. Votamos... ¿Para qué? El 45,58 % de los españoles que estaban llamados en 2014 fueron a votar. La abstención superó el 54 %, pero se participó más que en 2009 y se superó la media europea.

Lo que pasará el próximo año es impredecible con la situación política que atraviesa el país porque los medios de comunicación no cuentan el impacto de Europa en nuestras vidas, sino lo que decide Europa en cumplimiento de su agenda. La realidad es que **no hay política sin comunicación**. Por eso mismo se entendía poco que Carles Puigdemont hubiese viajado a Bruselas. ¿Podía? ¿No podía? ¿Podía ser arrestado? ¿Quién gobierna Bélgica? ¿Por qué Bruselas? ¿Por qué la crisis política en España y Cataluña se extendió a Europa? ¿Qué tiene que ver Europa con todo esto?

Ángela Paloma es periodista y asesora política, fundadora de La Sexta Plana. Acaba de publicar su segundo libro A Praga desde la Mitad del Mundo. @anpamar

“Qué follón hay liado...” ¿Entendemos de verdad ese follón? ¿Nos lo han contado bien? ¿O sólo nos han contado una parte, obviando que las políticas de Mariano Rajoy tienen un impacto innegable en Europa? Ah, ya, claro, la culpa es de Cataluña. Así, en general, de todos juntos.

Los medios de comunicación y sus profesionales empiezan a tirar de abogados, juristas y expertos para informarse, porque para informar debemos informarnos nosotros mismos y responder cuestiones que no nos habíamos planteado hasta ahora. ¿155 sí? ¿155 no? ¿De verdad pueden declarar la independencia? Y así... más de un mes, sin saber muy bien qué impacto tiene la Unión Europea en todo esto. Y sigue...

Ah, por cierto, ¿de qué sirvió votar el pasado 2014? Mmmm... no lo recordamos mucho. Pero sí hemos sido testigos de la profunda crisis humanitaria, de la insolidaridad con los refugiados y de la nefasta gestión política de Europa. Hemos sido testigos del famoso Brexit y ya hemos leído que la UE está preparando la segunda fase (1) sin masticar ni tragar aún en qué consiste la primera. Hemos sido testigos de las elecciones británicas y de los errores que Theresa May cometió al adelantarse: “Theresa May radicalizó su discurso y su política fuera de liderazgos femeninos, y emitió propuestas políticas que expulsan a un gran porcentaje de la población británica, cada vez más cosmopolita –y que todavía ella no ha comprendido–. Theresa May ha perdido porque no ha ganado, mientras que Corbyn, afianzando cada vez más las masas y generando una simpatía que nos recuerda al excandidato americano Bernie Sanders, ha perdido ganando”, compartí (2). También hemos sido testigos de las elecciones en Alemania y de cómo la extrema

derecha (AfD) se ha abierto paso en algunas regiones del este del país colocándose como tercera fuerza. Pero, sobre todo, en España hemos vivido dos elecciones (2015 y 2016) con un nuevo escenario político que se abrió en las elecciones europeas de 2014: entraba Podemos con cinco eurodiputados y de manera inesperada siendo la antesala de lo que ocurriría después, pero sin llegar donde ellos querían llegar.

¿Cree usted que la situación política actual del país es mejor, igual o peor que hace un año? Peor, dice el 53,2 % de los españoles, según el último CIS (octubre de 2017). ¿Cuál es, a su juicio, el principal problema que existe actualmente en España? El paro (37,7 %), la independencia de Cataluña (15,6 %) y los políticos en general, los partidos y la política (12,3 %). Cualquiera de estos datos tendrá impacto en las próximas elecciones, sobre todo porque el gran reto de los candidatos españoles a las elecciones europeas de 2019 es hacerse entender y hacer sentir el impacto de las políticas europeas en nuestras vidas. El gran reto de Europa, sigue siendo, comunicarse a sí misma.

Excitar

Vuelvo a repetir: necesitamos que nos exciten. El liderazgo político actual no existe: no lideran discursos, políticas, no inspiran y carecen de seguidores. Tres años después sigo pensando que “se buscan líderes que emocionen para emocionar, que sientan para hacer sentir, que crean para hacernos creer, que pisen con los pies descalzos donde otros dijeron que caminaron, que piensen para hacernos pensar, que sueñen para hacernos soñar, que participen para hacernos partícipes, que estén preparados para prepararnos”. Se trata de emocionar, de estimular sentimientos y pasiones, de provocar

entusiasmo y alegría y de producir tal impaciencia que nos impulse a escuchar, a participar, a influir, a votar. Se trata de que nos exciten. Se trata de que estén preparados.

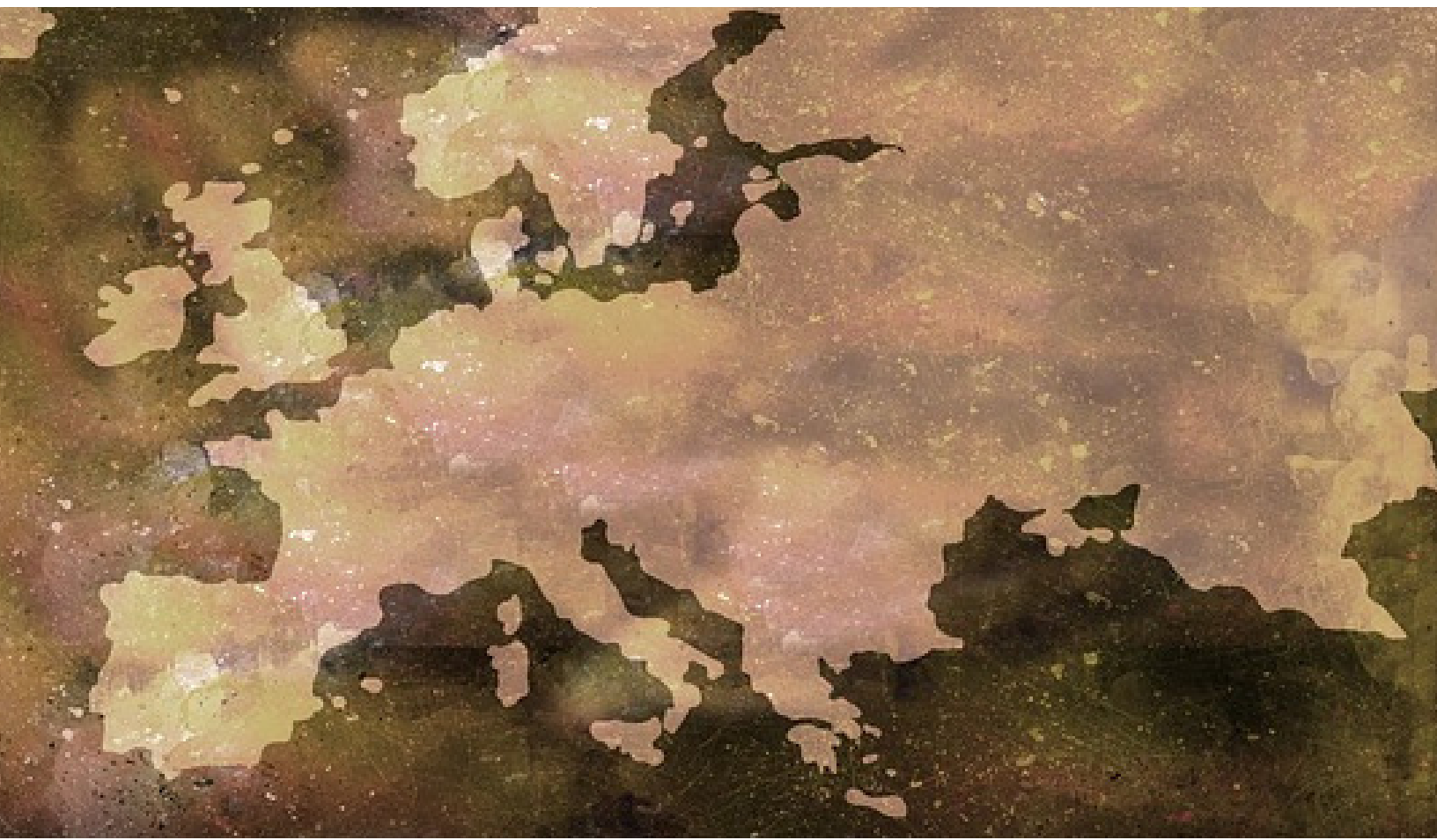
Comunicar

Comunicar para hacer política. Europa necesita hacerse entender y comunicarse a sí misma. Pero Europa jamás se va a comunicar a sí misma sin la suma de pequeñas revoluciones individuales que tengan visibilidad y relato, no sólo un eslogan. La comunicación directa de muchos eurodiputados hace estragos. Comparten, pero no conversan; opinan, pero no reflexionan; dicen que hacen, pero no entendemos lo que hacen. Y dejan abiertos perfiles en redes sociales, sumando así cementerios de opiniones vacías. "Aquí os dejo el vídeo de mi intervención...". No. Así no. ¿Dónde has intervenido? ¿Qué impacto tiene en mi vida tus

palabras, debate, consensos? ¿Qué sientes cuando lo dices?

Contar

A veces decir obviedades remueve conciencias. Hacer comunicación, en muchos casos, es simplemente hacer lo obvio. Si Europa enamora es porque nos la contaron y nos la contaron bien. Y, sobre todo, porque nos la humanizaron. No se trata de decir "Aquí os dejo muchos temas que son de vuestro interés", o de decírselo a los medios de comunicación, o de colgar un PDF larguísimo que no puedo descargar o cuyos enlaces están rotos. La complejidad de la Unión Europea es de extraordinaria envergadura. Por eso hay que contarla. Siento decir lo obvio, pero lo obvio remueve conciencias cuando se obvia. Humanízala, siéntela, ejemplifícala y, después, cuéntamela. Haz que pase para que todo cambie. Esta vez sí. Que no se pierdan cinco años más.

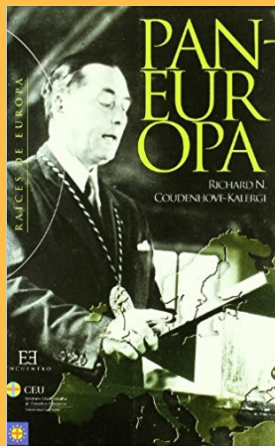


+ en la web

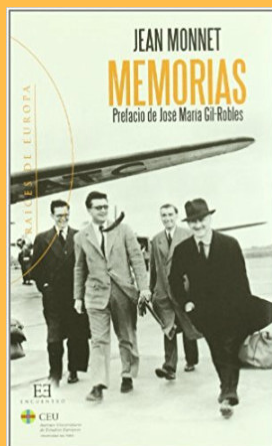
PAN-EUROPA (RAÍCES DE EUROPA)

R. COUDENHOVE-KALERGI

Tras un primer llamamiento a la unidad de Europa en Octubre de 1922, Coudenhove-Kalergi propuso en 1923 el primer proyecto moderno de una Europa unida, expuesto en su libro Pan-Europa. Esta obra profética sigue fascinando por su actualidad. Europa es heredera de un rico pasado y debe estar unida para sobrevivir. El rechazo a todo prejuicio nacionalista, la defensa de la libertad y la consolidación de la paz son, junto con la reconciliación de Francia y Alemania, los pilares de la unidad europea.



+ info



+ info

MEMORIAS DE JEAN MONNET

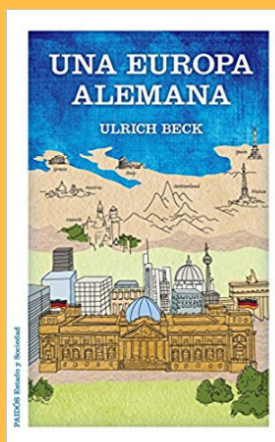
JEAN MONNET

La historia sitúa ya a Jean Monnet entre esos hombres del siglo XX que, a través de su acción, han cambiado el destino del mundo y han transformado nuestras condiciones de vida. Sus Memorias, convertidas hoy en obra de referencia imprescindible de líderes y dirigentes, revelan la prodigiosa aventura de un hombre cuya acción fue determinante en cada una de las grandes encrucijadas de la historia contemporánea.

UNA EUROPA ALEMANA

ULRICH BECK

La crisis del euro está poniendo a Europa contra las cuerdas, no cabe duda de ello. No obstante, el quid de la cuestión es que, en este proceso, las reglas básicas de la democracia europea están en suspenso o incluso transformándose en su contrario, pasando por encima de los parlamentos, gobiernos e instituciones de la Unión Europea. El multilateralismo se convierte en unilateralismo; la igualdad en hegemonía y la soberanía en privación de soberanía de los países.



+ info



+ info

DELIRIUM TREMENS

PACK DELIRIUM TREMENS

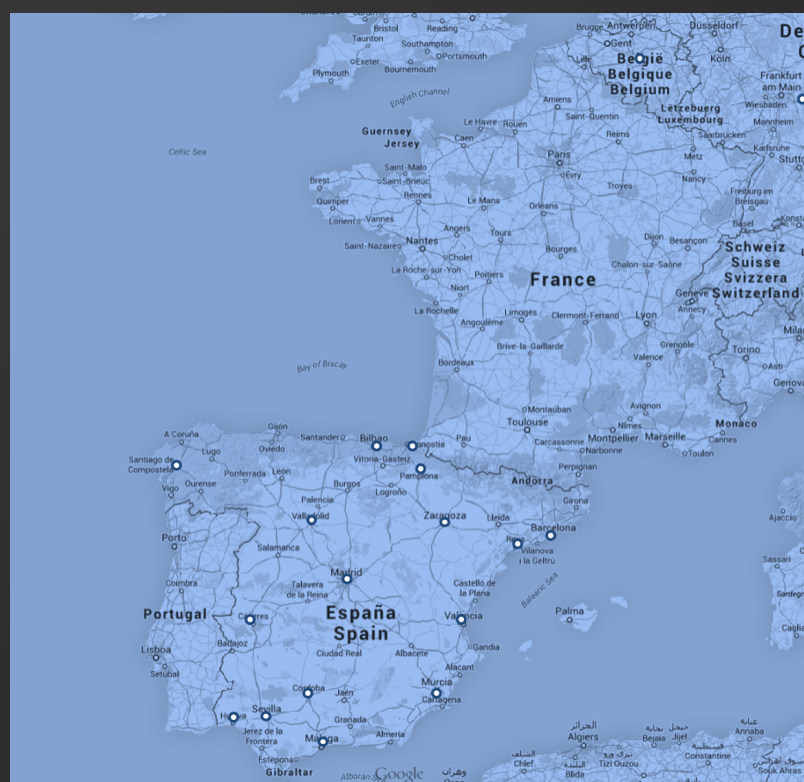
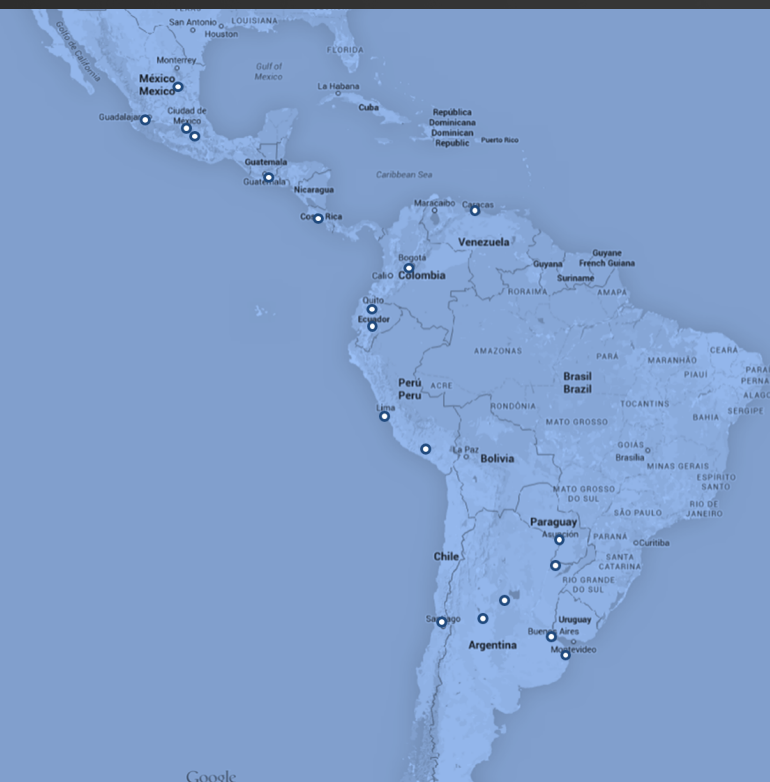
Estuche 4 cervezas Delirium Tremens + copa

Nada más típico bruselense que ir a tomarse una Delirium Tremens al bar del mismo nombre.

AREQUIPA: Erick Huarca - Richard Talavera / ASUNCIÓN: Pablo Amarilla - Miguel Ángel "El Tano" Rojas / BAHÍA BLANCA: José Fernández-Ardáiz / BARCELONA: Xavier Peytibi - Mireia Castelló / BERLÍN: Franco Delle Donne - Raúl Gil / BILBAO: Mikel Cabello / BOGOTÁ: Amaury Mogollón - Johana Fandiño / BUENOS AIRES: Kike Borba - Augusto Reina - Ileana Panthou - María Anzano / BRUXELLES: Maxime Sattonay / CÁCERES: Guadalupe Morcillo - Sonia Cobo / CARACAS: Luis "Toty" Medina / CÓRDOBA (ARG): Santiago Ferreyra - Pablo Ricci / CÓRDOBA (ESP): Debate Dilema / CORRIENTES: Octavio Panozzo - Ignacio Maldonado / CUENCA (ECU): Marco Lozano Coronel - Marco Gordon / DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN: Itziar García / GUATEMALA: Albertina Navas - Manuel Pulido / LIMA: Carlos E. Helfer - Juan Manuel Tapia / MADRID: Pedro Casado - Ignacio Martín Granados / MÁLAGA: Ángela Paloma Martín - Antonio J. Guzmán / MÉXICO DF: Lleir Dabán - Irene Larraz / MURCIA: Manuel Sánchez - Manuel Paredes - Pedro Guirao / PUEBLA: Juan Pablo Mirón Thomé / QUITO: Ángel Armijos / SAN JOSÉ: María Fernanda Avendaño / SAN LUIS (ARG): Pablo Esteban Culatti - Óscar Ángel Flores - Ramón Estrada / SANTIAGO DE CHILE: Nico Ibieta - Francesca Parodi / SANTIAGO DE COMPOSTELA: Pepe Martínez - Luis Velasco / SANTO DOMINGO: Roelisabell García - Emmanuel Alcántara / SEVILLA: Diana Rubio - Mar Vázquez Lorca - Julio Otero Santamaría / TARRAGONA: Gerard Castells / VALENCIA: Enric Carbonell - Àlex Comes / VALLADOLID: Asun Paniagua - Eva Campos / ZARAGOZA: Eduardo Sánchez Salcedo - Verónica Crespo

Beers & POLITICS

EL CLUB DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA
CONVERSANDO SOBRE POLÍTICA EN LOS BARES DE 34 CIUDADES



WWW.BEERSANDPOLITICS.COM